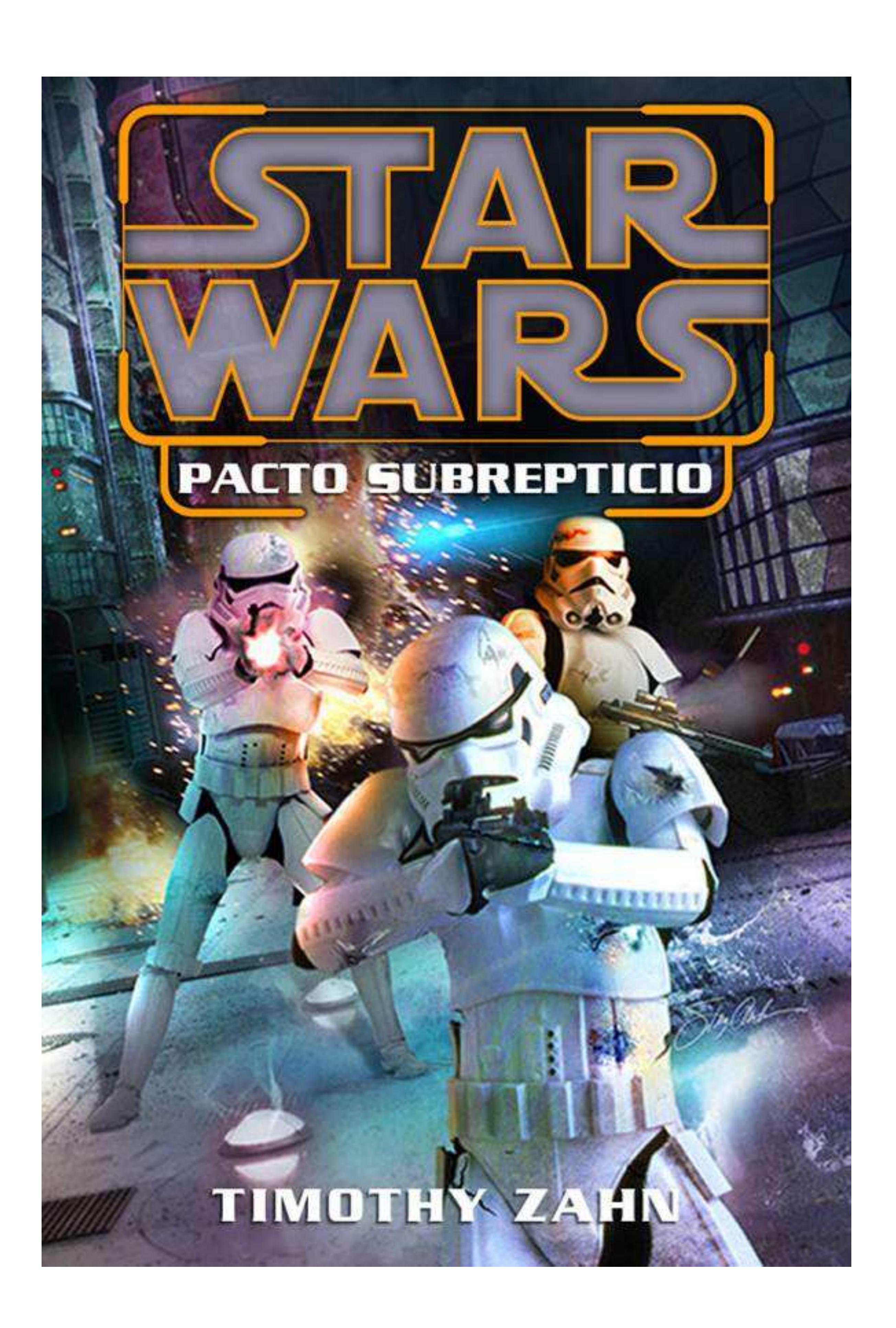

STAR
WARS
PACTO SUBREPTICIO
TIMOTHY ZAHN

EL IMPERIO HACE UN PACTO

La historia del planeta Kariek aparentemente ha sido una de infinita violencia… gracias a las rebeliones que, constantemente, surgen entre las muchas tribus divididas de la raza de nativos eickarie pugnando por el dominio. Todavía ninguna de estas tribus ha ejercido dominio desde que un misterioso Señor de la guerra y su legión de mercenarios alienígenas tomaran el poder y comenzaran un reinado de cincuenta años de terror.

Ahora, por fin, quizá se vuelvan las tornas: los líderes de las facciones de eickarie en guerra han forjado una alianza… lo bastante fuerte para capturar una ciudad y arrinconar al Señor de la guerra y sus subalternos en su fortaleza. Y el Imperio de La Mano pos-Palpatine está prestando apoyo a esta rebelión contra la tiranía, al desplegar nada menos que a la Legión Imperial 501 de soldados de asalto como fuerza de choque.

Una vez siniestramente conocida como el «Puño de Vader», los hombres de la legendaria 501 son los mejores para el peligroso objetivo de capturar al Señor de la guerra con vida. Es una misión riesgosa que podría quedar en peligro cuando el comandante de la unidad imperial Tornado y sus compañeros, Sombra, Nube, y Centinela, son detenidos por una banda de entusiastas luchadores por la libertad, armados con su propia agenda… y mucha potencia de fuego.

Los renegados eickarie —determinados a liberar a cientos de sus hermanos de las mazmorras del Señor de la guerra— tienen una oferta que hacer, y una estrategia que podría darle a los imperiales la ventaja en el sangriento enfrentamiento a venir. ¿Pero podrán Tornado y sus hombres confiar en sus nuevos aliados? ¿O conseguirán más de lo que habían pactado?



Pacto subrepticio

Timothy Zahn



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Fool's Bargain*

Autor: Timothy Zahn

Arte de portada: Steven D. Anderson

Publicado originalmente en forma de ebook.

Publicación del original: 2004

22 años después de la batalla de Yavin

Traducción: LorD XiaN

Revisión: El nick del revisor

Maquetación: El nick del editor

Versión 1.01

05.04.19

Base LSW v2.22

Declaración

Había estado lloviznando mientras los soldados de asalto de la Legión Imperial 501 se congregaban en sus diversos puntos de salto para lo que todos esperaban que fuera la batalla final de esta última guerra. Para el momento en que las órdenes fueron entregadas y las compañías individuales comenzaron a dirigirse a sus sectores del itinerario de ataque, la llovizna se había desbocado en una tormenta a escala natural, rematada con vientos furiosos y un cielo casi lo bastante negro como para transformar el crepúsculo de la ciudad y las campiñas circundantes en noche cerrada.

—Parece como algo salido de una leyenda de terror —murmuró Coral de la unidad Cuatro Aurek desde la fila derecha de soldados de asalto sentados en bancos de soporte contra la pared, a medida que el disfrazado transporte de tropas rodaba cautelosamente a lo largo de las tranquilas calles de la ciudad.

—¿Qué cosa? —preguntó Tijera de la Tres Aurek, detrás la fila de media docena de hombres.

—¿Tú qué crees? —contestó Coral, señalando con la cabeza hacia los ventanales que mostraban el escenario fuera del morro del transporte.

Detrás de la placa facial de su casco, Tornado, comandante del escuadrón designado Siete Aurek, frunció el ceño ligeramente mientras estudiaba la escena. Coral tenía razón, tenía que admitirlo. La fortaleza que se erguía del suelo en las afueras de la ciudad siempre había tenido algo irreal sobre ella, un aire fantasmal. Ahora, mientras les llegaban breves atisbos de las torres rojogrisáceas entre los edificios de la ciudad, con toda la escena azotada por vientos y envuelta por esporádicos destellos de relámpagos, aquella sensación de sobrenaturalidad parecía incluso más intensa.

A la izquierda de Tornado, su compañero de unidad Centinela dio un suave resoplido.

—Personalmente, siempre me ha gustado dar al traste con las leyendas —dijo—. Es bastante divertido quitarles notoriedad —señaló hacia el ventanal—. *Sólo* espero que el hijo del lagarto esté realmente ahí.

—Bueno, si no está, este va ser un serio desperdicio de energías —se quejó Nube desde el extremo más alejado de Centinela—. Sobre todo con los eickaries finalmente en movimiento. Si fuera por mí, les daría otro mes para perseguir a los lakra hasta dentro de esos reforzados nidos de insectos suyos, luego los dejaría bajo doscientos montones de escombros y me iría a casa.

—¿Y cuántos más eickaries morirían en otro mes de combate? —preguntó Sombra, el cuarto miembro de la Siete Aurek, desde la derecha de Tornado—. Si vamos a armar a ésta gente y luego dejarles enfrentados contra sus opresores, tenemos cierta obligación en ver que no se meten de cabeza dentro de una moledora de carne.

—Eso ya lo sé —acordó Nube—. Pero Kariek es *su* planeta, después de todo, no el nuestro. Después de tolerar al Señor de la guerra y sus secuaces todos estos años, me parece que ellos deberían tener el honor de echarlos a patadas.

—Echarlos a patadas o ejecutarlos —dijo Centinela—. Me imagino que la ley tradicional eickarie exigirá una muerte particularmente espantosa para el Señor de la guerra.

—*Apostaría* por ello —dijo secamente Nube—. Igual eso no explica por qué no podemos simplemente hacer volar toda la fortaleza a escombros. Ser enterrado bajo unas cuantas toneladas de roca debería ser una muerte bastante espantosa para satisfacer incluso a los eickaries.

—Estoy seguro que los generales tienen sus razones —dijo Tornado, poniendo suficiente énfasis en su voz para advertir a los otros tres de que cambiaran de tema.

—Lo sé —refunfuñó Nube, aparentemente sin ánimos de terminar la charla—. Es solo que no creo que este tipo merezca más vidas imperiales de las que ya ha costado.

Tornado no respondió. Los demás comprendieron la indirecta, y la conversación finalmente murió poco a poco.

Pero la pregunta, él podría estar seguro, aún pesaba sobre ellos. Pesaba sobre cada uno de los que estaban en el transporte, en realidad.

No eran sólo los cuarenta hombres de la Compañía Aurek quienes estaban implicados en esto. Ni mucho menos. Había cientos de soldados imperiales listos para la batalla, incluyendo tres compañías más de la 501. La mayoría de ellos se encontraban en los bosques y planicies al otro lado de la fortaleza, preparándose para un asalto directo con un inmenso apoyo aéreo y terrestre. El Imperio de La Mano estaba haciendo un enorme esfuerzo para capturar al tirano que había oprimido a este mundo y su gente por los últimos cincuenta años estándar.

Pero ¿por qué?

Nube tenía razón. A pesar de lo sólidas que eran esas antiguas fortalezas eickarie, no habían sido diseñadas para resistir la clase de potencia de fuego que el Imperio de La Mano podría administrar. Si Inteligencia pensaba que él estaba ahí dentro, un par de horas de intenso bombardeo convertirían la fortaleza en un montón de roca carbonizada, matando a los mercenarios lakran, y al mismo tiempo al Señor de la guerra. Una vez el líder estuviera fuera de circulación, los restantes focos de resistencia serían sencillos de combatir, especialmente con todo el planeta entero unido finalmente contra los mercenarios. Sería rápido, eficiente, y mucho más simple para los soldados de asalto y las otras unidades terrestres.

Obviamente había alguna razón muy importante para que el Imperio de La Mano quisiera o necesitara al Señor de la guerra con vida. La pregunta era: ¿cuál era esa razón?

Mentalmente, Tornado sacudió su cabeza. El soldado tradicional, él estaba seguro de ello, no tendría ni siquiera esos pensamientos, o al menos se los guardaría para sí mismo. Los soldados eran invariablemente entrenados para acatar órdenes sin cuestionar y a obedecerlas sin vacilar.

Desde cierto aspecto, desde luego, esto también era válido para los soldados de asalto imperiales. Pero sólo desde cierto aspecto. Este no era el Imperio de Palpatine, y los soldados de asalto alineados a los laterales del transporte blindado no eran las insensibles

e irreflexivas máquinas de matar que él había una vez soltado sobre la República. Los soldados de élite del Imperio de La Mano fueron seleccionados por su inteligencia como también por sus habilidades de combate, entrenados para moverse en esa fina línea entre la obediencia y la iniciativa, entre el honesto cuestionamiento y la confianza incondicional.

Lentamente, Tornado echó un vistazo a lo largo de los cuarenta hombres embutidos en armaduras sentados silenciosamente a su alrededor. Ya casi tenía seis años con la Compañía Aurek, dos de ellos como el comandante de la Siete Aurek, y en ese tiempo había aprendido que había muy poco que los soldados de asalto imperiales no pudieran lograr una vez que se lo propusieran. Les habían ordenado entrar y capturar al Señor de la guerra, y él no tenía ninguna duda de que lo conseguirían. Ninguno de ellos, seguramente ni siquiera Tornado, necesitaba conocer los motivos detrás de la orden.

Pero las preguntas persistían.

—Un minuto —avisó el piloto.

Hubo un suave hervidero de actividad mientras los soldados de asalto hacían una última comprobación de sus rifles bláster BlasTech E-11 y otros equipamientos. El transporte redujo la marcha a un paso lento, y las puertas traseras se abrieron de par en par. Silenciosamente, en grupos de cuatro, los soldados de asalto comenzaron a moverse entre el aguacero, dirigiéndose a sus posiciones asignadas por las calles desiertas.

La Siete Aurek fue la última unidad en salir. Tornado toco suelo en un trote, dando un par de pasos para detenerse mientras hacía un rápido reconocimiento del área. Los edificios que se alzaban a su alrededor mostraban solo algunas luces, y estaban tan silenciosos como las calles mismas.

—Parece que los eickaries se dieron cuenta que el sector del Señor de la guerra no es un lugar seguro para vivir —comentó Nube a su lado.

—Esperemos que así sea, por su bien —dijo Tornado, terminando su comprobación visual y chequeando sus coordenadas—. Adelante.

Su posición designada estaba a dos calles de distancia, en un estrecho callejón entre un edificio de apartamentos de cinco plantas y una cantina de clase baja, de las más mugrientas de la ciudad. Desde esa posición, según los holos de vigilancia, deberían tener una visual del acceso oriental al edificio designado Atalaya Dos.

Las dos atalayas tenían un estilo militar peculiarmente eickarie, uno que entre la mayoría de los soldados de asalto no tenía una buena reputación. Disfrazadas como apartamentos comunes o edificios de oficinas, eran de hecho estaciones de vigía y espionaje de alta tecnología para la fortaleza a dos kilómetros de distancia al borde de la ciudad, conectadas a ella mediante vigilados pasadizos subterráneos. En un pasado no muy distante, cuando las sangrientas guerrillas tribales habían sido parte de la vida cotidiana de Kariek, las atalayas habían permitido a quienquiera que estaba actualmente ocupando la fortaleza mantener vigilado a los miembros de las tribus rivales que se encontraran en la ciudad comerciando o haciendo eventos sociales, o posiblemente preparando un ataque sorpresa. Cuando el Señor de la guerra había tomado posesión de

todas las fortalezas, él y sus mercenarios habían usado las atalayas más o menos del mismo modo, excepto que para ellos cada eickarie era un miembro potencial de la oposición. Varios ciudadanos descontentos, quejándose en privado con algún conocido en las calles sobre las reglas de mano dura del Señor de la guerra, descubrían demasiado tarde que habían sido observados, grabados, condenados, y sentenciados, algunas veces antes que la conversación haya incluso terminado.

Las atalayas en sí no tenían ningún valor particularmente estratégico, dado que el recientemente formado Comando de las Tribus Unidas ya había tomado el control de la ciudad misma. Su importancia, y la razón por la que la mayoría de los soldados de asalto las consideraban un mal concepto estratégico, radicaba en los túneles que las conectaban con la fortaleza. Si la Compañía Aurek lograba capturar una o ambas atalayas, tendrían un vector de entrada hacia el refugio del Señor de la guerra que apartaría el despliegue de las defensas fuertemente organizadas contra el resto de las fuerzas imperiales aglomeradas a las afueras de la ciudad.

Por supuesto, el Señor de la guerra no era estúpido, tampoco. Naturalmente tendría predispuesta una serie de defensas en esos túneles tan seguras como pudiera emplear, incluyendo minas, trampas explosivas, y tantos blásters y mercenarios lakran como él pudiera meter ahí dentro. Pero ésta era la Legión 501, el legendario «Puño de Vader». Se habían encargado de cosas peores a lo largo de su historia. Se encargarían de esto, también.

La Siete Aurek alcanzó el callejón designado, y Tornado le dio una rápida inspección. Alejado de la base del edificio de apartamentos había media docena de escaleras que descendían hacia departamentos ajardinados o pequeñas tiendas, todo a oscuras, mientras que la cantina mostraba solo las luces de seguridad normales de un negocio cerrado. No había nadie a la vista. Sosteniendo su rifle bláster a la altura del pecho, Tornado se deslizó en el callejón, los demás se desplegaron en abanico a su espalda.

Se encontraban cerca de la puerta de la cantina cuando un parpadeo de la pantalla sensora de su casco llamó la atención de Tornado.

—Atentos… hay alguien dentro —advirtió a los demás, cambiando de lugar su BlasTech para señalar una dirección mientras volvía a echarle un vistazo a la pantalla. Por desgracia, con la lluvia torrencial distorsionando los datos infrarrojos y borrando cualquier posibilidad de un análisis de espectro gaseoso, no había manera de distinguir entre un inofensivo eickarie y un lakra seriamente hostil—. Manténganse alerta.

Apenas había terminado de advertirles cuando la puerta de la cantina se abrió de golpe y un joven eickarie macho se deslizó en el callejón, la lluvia cayendo en cascada de la reluciente línea de negras escamas que se curvaban sobre lo alto y a los costados de su, por lo demás, principalmente verde rostro. No vestía la típica ropa chillonamente coloreada dispuesta para horas de la tarde sino más bien una oscura, ajustados pantalones, botas de caña baja, y una chaqueta holgada de sarape.

—Buenas noches, imperiales —dijo en un pasable Básico—. Que su tribu encuentre alegría.

—Que su tribu encuentre riqueza. —Tornado le ofreció la replica tradicional, frunciendo el ceño a medida que ajustaba los optimizadores visuales de su casco. Era difícil de decir en la penumbra, pero no podía ver ninguna fluctuación de color en los reflejos faciales anaranjados que transmitían la mayoría de los sentimientos emocionales de los eickaries. El joven alienígena estaba tranquilo y sereno: no era la reacción normal de un simple ciudadano que repentina e inesperadamente se encontraba cara a cara con cuatro soldados de asalto imperiales.

Lo que implicaba que el eickarie estaba más borracho de lo que debería a esa hora de la tarde, o bien que éste encuentro no era tan casual como parecía.

—¿Puedo preguntarle que esta haciendo aquí? —le preguntó al nativo.

Los reflejos anaranjados se tornaron de un rosa oscuro, el equivalente de una sonrisa irónica.

—Que extraño —dijo—, estaba a punto de hacerle la misma pregunta. —Alzó una mano antes que Tornado pudiera replicar—. Pero este no es lugar para una charla —continuó diciendo—. Estoy seguro de que estarán más a gusto dentro.

—Apreciamos su preocupación —dijo Tornado, haciendo una seña sutil con la mano. Pudo sentir los pasos, mientras los otros se formaban casualmente en una posición defensiva cuadrangular a su alrededor. A pesar de su historial de cincuenta años de brutal tiranía, y a pesar de la reciente alianza de los líderes de las tribus principales de todo Kariek, el Señor de la guerra aún contaba con un pequeño pero no insignificante grado de apoyo entre los eickaries corrientes. Algunos eran colaboradores, cuyas ganancias y vidas estarían en riesgo si era finalmente derrocado, pero la mayoría era gente común que temía y se resistía al cambio de cualquier tipo, incluso al cambio para mejor. Si esto era una trampa…

—El edificio de apartamentos —murmuró Centinela a su espalda—. Muy lentamente.

Tornado se giró cautelosamente para mirar.

Las vacías escaleras que conducían a las tiendas habían dejado de estar vacías. De cada una de ellas habían brotado tres o cuatro eickaries, todos vestidos con la misma vestimenta oscura, todos armados con blásters o antiguos lanzacartuchos tribales o lanzagranadas.

Todas las armas, por supuesto, estaban apuntadas hacia los soldados de asalto.

—Como dije —repitió el primer eickarie con calma—, este no es lugar para una charla. Por favor: ¿por la primera escalera?

Tornado hizo una mueca con sus labios, su mente examinando rápidamente todas sus opciones. Bajo circunstancias normales, ya habría empleado el interruptor vocal para accionar su comunicador auricular y solicitar apoyo. La Cuatro Aurek y la Nueve Aurek estaban a un callejón de distancia y podrían llegar en noventa segundos.

Pero en este momento, toda la fuerza de ataque imperial estaba bajo un estricto silencio de comunicaciones. El Señor de la guerra tenía un sistema de detección de enlaces sumamente sofisticado, y hasta con la encriptación que los imperiales prestaban a sus ilegibles comunicaciones, probablemente sería capaz de triangular cualquier señal y

así deducir las posiciones de sus enemigos. Si ya no había sido prevenido del ataque de esta noche, aquél podría ser un muy buen truco.

Por otro lado, Tornado podría ordenar a sus hombres abrir fuego, confiando en que sus armaduras resistieran el asalto eickarie el tiempo suficiente como para que la amenaza sea neutralizada. Pero el sonido del fuego láser viniendo de las sombras de sus atalayas sería aún más comprometedor que incluso una transmisión triangulada.

Además, los imperiales estaban aquí para liberar a esta gente, no para matarla.

—Como usted quiera —dijo, haciendo una seña con la mano a sus hombres para que se mantuvieran tranquilos.

—¿Estás seguro de que queremos hacer esto? —preguntó Nube en un susurro.

—Si estuvieran del lado del Señor de la guerra, no nos habrían invitado a hablar —señaló Tornado—. Habrían abierto fuego y listo.

—Solo porque no estén de su lado no quiere decir que lo estén del *nuestro* —le recordó cautelosamente Centinela—. Y no me agrada el hecho de que nuestros sensores no les hayan pillado cuando estaban escondidos allí.

—La lluvia pudo haber interferido —dijo Tornado, mirando la pantalla integral. Los eickaries estaban distinguidos perfectamente bien ahora.

—No interfirió con *él* —le recordó Centinela, señalando con la cabeza al solitario eickarie que aún esperaba tranquilamente bajo el aguacero a que sus prisioneros tomaran una decisión.

—Podemos preguntarle sobre eso adentro —dijo Tornado, convirtiéndolo en una orden. Nube tenía razón, tenía que admitirlo; no *estaba* muy seguro de querer hacer esto. Pero en ese momento, no parecía haber muchas otras opciones—. Bajen las armas y muévanse.

La escalera bajaba una docena de escalones hacia una pequeña sastrería que parecía como si hubiera sido abandonada años atrás. Dentro, más de una docena de eickaries aguardaban en un círculo contra las paredes, todos ellos tan fuertemente armados como los de fuera. El joven portavoz se movió en un círculo alrededor de los cuatro soldados de asalto mientras ellos eran conducidos dentro de la habitación, cruzando una oxidada mesa medio rústica y sentándose de un salto sobre ésta.

—Lo volveré a preguntar —dijo, mirando a cada uno de ellos por vez—. ¿Qué están haciendo tú y tus compañeros en nuestra ciudad esta noche?

—¿Es ésta la hospitalidad del pueblo eickarie? —replicó Tornado, intentando recordar cada cosa que había leído sobre la cultura local en su viaje hasta aquí hace dos meses. Hasta ahora, la Compañía Aurek no había tenido mucha interacción directa con los nativos, pero él presentía que los próximos minutos harían más que compensarlo—. ¿Hacer preguntas incluso antes de haber intercambiado nombres?

—¡No respondas! —advirtió bruscamente un anciano eickarie junto a la pared, sus reflejos anaranjados saltaban del rojo al púrpura—. Él habla zurdo, buscando tu nombre para vendérselo al Señor de la guerra.

Tornado frunció el ceño; y entonces lo recordó. *Zurdo* era el argot eickarie para una mentira; *diestro* el término correspondiente para la verdad.

—No hablo zurdo —insistió—. Si hay una pregunta que no tengo permitido contestar, se los diré. Pero nunca les hablaré zurdo.

El anciano eickarie bufó.

—¿Y no podría un orador zurdo también decir que nunca…?

—Paz, Ha-ran —le interrumpió el eickarie sentado sobre la mesa—. Su pregunta sobre nuestra hospitalidad, al menos, era diestra. —Volvió a mirar a los soldados de asalto—. Soy Su-mil —dijo—. ¿Y ustedes?

—Me llaman Tornado —respondió éste—. Estos son mis compañeros de unidad Sombra, Nube y Centinela. —Se giró para mirar a Ha-ran—. Y con el debido respeto a su tribu y sus príncipes —agregó—, si cree que estamos aquí para hacer cualquier trato con el Señor de la guerra, es que no ha estado prestando atención a lo acontecido en su planeta en los últimos ocho meses. Nuestra gente ha estado peleando incansablemente junto a los eickaries, trabajando para arrancar el apretón que el Señor de la guerra tiene sobre sus gargantas.

—Entonces ¿por qué asaltan físicamente su bastión? —cuestionó Ha-ran—. ¿Por qué no simplemente lo echan abajo con él adentro? ¿Por qué arriesgan sus vidas para enfrentarlo frente a frente?

Tornado hizo una mueca bajo su casco. Todo el mundo en el planeta parecía estar preguntándose lo mismo esa noche.

—¿Por qué arriesgan ustedes sus vidas para *enfrentarnos* frente a frente? —dijo evadiendo la pregunta.

Eso no fue, como resultó ser, la mejor cosa que podría haber dicho.

—Les trajimos aquí para aprender lo que hacen —dijo Ha-ran, sus reflejos volviéndose casi negros—. Y quizá para buscar un acuerdo satisfactorio con ustedes. ¿Es eso lo que *buscan* con el Señor de la guerra?

—¿Que clase de acuerdo podríamos posiblemente querer con él? —objetó Centinela—. Vinimos a este planeta a destruirle.

—¿En serio? —replicó el anciano eickarie—. ¿O simplemente buscan conquistarle?

—¿Con qué fin? —persistió Centinela—. ¿Qué podría llegar a tener él…?

—Centinela —dijo Tornado discretamente.

El otro se calló.

—No sabemos por qué estamos aquí esta noche —le dijo honestamente Tornado a Ha-ran—. Ninguno de nosotros tiene suficiente rango en el consejo de príncipes de nuestra tribu para obtener tales respuestas.

—Se llaman «generales», no príncipes —protestó Su-mil—. Y ustedes no tienen tribu, más bien sólo al único Imperio de La Mano. No se haga el condescendiente con nosotros, soldado.

Tornado se volvió para encararlo. Había algo vagamente cómico en la postura del eickarie, una pequeña parte de su mente lo advirtió, sentado allí sobre la desmoronada mesa con sus pies colgando a medio metro del suelo.

Pero al mismo tiempo, había una fuerza y resolución en sus ojos y postura que silenciaban cualquier inclinación a reírse.

—Tiene razón —reconoció Tornado—. Simplemente intentaba hablar en términos que fuesen familiares para su gente.

—Estamos familiarizados con muchos términos —dijo Su-mil.

—Ahora lo comprendo —dijo Tornado—. Le pido que perdone mi desintencionada ofensa.

Por un momento el otro le estudio. Luego, sus reflejos anaranjados se deslizaron a un ámbar.

—Mi perdón es dado —dijo—. ¿Admitís, entonces, que buscan enfrentar al Señor de la guerra cara a cara?

—Nuestras órdenes son penetrar en la fortaleza y capturarlo con vida —le dijo Tornado—. Como dije, no me han informado el motivo detrás de esas órdenes.

—Entonces permítame decirle lo que *nosotros* creemos —dijo Su-mil—. Creemos que su Imperio de La Mano esta deseando hacer un pacto con el Señor de la guerra… un pacto subrepticio, que traerá la ruina a todos aquellos que nos opusimos. Creemos que han unido al pueblo eickarie de ésta forma sólo para obtener una posición en el pacto más favorable para ustedes mismos.

—Eso es ridículo —insistió Tornado por reflejo—. No puedo creer que mis prín… mis generales hicieran tal cosa.

—¿Por qué no? —inquirió Ha-ran—. ¿No son las reliquias saqueadas y los tesoros del pueblo eickarie de valor para los que viajan por las estrellas?

—O quizás el Señor de la guerra ya es su aliado —agregó Su-mil—. Ninguno de los eickaries le ha visto alguna vez sin su armadura. Por toda la evidencia que disponemos, él hasta podría ser un humano como tú.

Tornado suspiró. Lamentablemente, ese era otro muy buen punto. Por lo que él sabía, ninguno de los imperiales tampoco conocía que clase de especie era la que se movía dentro de la sofisticada armadura del Señor de la guerra.

Pero la posibilidad de que éste pudiera ser un renegado imperial nunca se le había pasado por la mente.

—No conozco los motivos de mis órdenes —dijo—. Pero ésta es mi tercera campaña para el Imperio de La Mano, y he estudiado la historia de muchas otras. Naturalmente mis líderes han cometido errores, pero nunca me he enterado de que hayan traicionado a los que confiaban en ellos.

—¿Así que para ti esto viene a ser una cuestión de confianza? —preguntó Su-mil.

—Básicamente, eso viene a ser para cualquiera de nosotros —le contestó Tornado—. Confía en tus líderes y aliados, y se leal a aquellos que han puesto su confianza en ti. —Señaló hacia la puerta—. Y en este momento, hay soldados allá fuera que han puesto su confianza en nosotros, contando con que protegeremos sus flancos de ataque. Les solicito humildemente que nos permitan marchar y cumplir esa confianza.

Por un buen rato la habitación quedó en silencio. Su-mil lo miraba, sus reflejos cambiando sutilmente de tonos mientras pensaba. Luego, de repente, volvieron a su anaranjado normal.

—Te ofrezco un pacto —dijo—. En las mazmorras de esta fortaleza que buscan penetrar hay cientos de eickaries que han sido tomados prisioneros durante años por el Señor de la guerra y sus soldados. La mayoría juzgados por ninguna ofensa más que la de oponerse a su tiranía. ¿Se comprometerían tú y tus compañeros soldados a liberarlos antes de llevar la batalla al bastión interior del Señor de la guerra?

Tornado sintió un desagradable escalofrío traspasándole. No estaba entrenado para negociar con esta gente. Desde luego no estaba autorizado a hacer acuerdos tácticos con ellos.

Entrenados para moverse en esa fina línea entre la obediencia y la iniciativa…

—No estoy seguro de que pueda consolidar tal promesa —dijo cuidadosamente—. Mis órdenes son muy claras, y las vidas de mis camaradas soldados recaen en la balanza. La mayor parte de las defensas exteriores de la fortaleza son controladas desde el bastión interior del Señor de la guerra; más pronto podamos capturarlo, más pronto terminará el combate.

—Sin duda liberaremos a los eickaries prisioneros —agregó Sombra—. Sólo que no podremos hacerlo hasta que hayamos enfrentado al Señor de la guerra.

—Comprendo su conflicto —dijo Su-mil—. Permítanme hacerles un pacto más dulce para sus oídos. Si me hacen diestramente ésta promesa, los conduciré dentro de la fortaleza por un camino que el Señor de la guerra no conoce en absoluto.

Un murmullo se elevó entre los eickaries reunidos, Tornado podía sentirlo haciendo eco en sus propios hombres. Aparentemente, la oferta de Su-mil había pillado a todos por sorpresa.

—¿De qué clase de camino estamos hablando? —preguntó—. ¿Está cerca? ¿De superficie, aéreo, subterráneo?

—¡No le digas! —gruñó Ha-ran—. Esta es *nuestra* lucha, no la suya. Es *nuestra* responsabilidad, no la de ellos.

—Está cerca —dijo Su-mil, sus grandes ojos fijos sobre Tornado.

—Este es un pacto subrepticio, Su-mil…

—Silencio, Ha-ran —dijo Su-mil calmadamente, interrumpiéndole—. Por el momento, yo estoy al mando. ¿Qué dices, imperial? No te diré más hasta que estés de acuerdo.

Tornado tomó un pensativo respiro. *Obediencia e iniciativa…*

—No tengo autoridad para obligar a nadie, sólo a mi unidad y a mí mismo —le dijo al eickarie—. Pero si en verdad puede infiltrarnos entre las defensas del Señor de la guerra, le juro que la unidad Siete Aurek de la Legión de Soldados de Asalto Cinco-cero-Cinco hará lo que pueda para ayudar en la liberación de sus prisioneros.

—Y, de cualquier modo, no les ayudaremos sólo nosotros —puntualizó Sombra—. El comandante definitivamente querrá saber sobre esto.

—Sí —dijo Tornado—. No podemos arriesgarnos a usar los comunicadores, pero enviaré a uno de mis hombres para que contacte al comandante de la Compañía Aurek e informe nuestra situación y su oferta.

—No podemos aceptar más retrasos —advirtió Su-mil—. Esta discusión ya ha costado un tiempo precioso.

—Tres de nosotros pueden ir con usted ahora mismo —ofreció Tornado—. Si el comandante decide enviar más fuerzas, pueden ponerse en contacto —gesticuló hacia Nube—. Regresa e informa nuestra situación, e ínstale firmemente a que envíe un refuerzo. Su-mil, ¿pueden venir aquí a solicitar la dirección de ésta entrada trasera secreta?

—Dejaré a dos de mis soldados para que los guíen —dijo Su-mil.

Mis soldados. Tornado sintió un nuevo escalofrío corriendo sobre su espalda. Entonces, este no era un grupito cualquiera de vigilantes o una pandilla de supuestos saqueadores. Eso podría ser bueno, o podría ser muy peligroso.

Pero en este momento, tenía cosas más importantes de las que preocuparse.

—Andando —le dijo a Nube, haciendo la seña apropiada con la mano para confirmar la orden. Nube asintió en respuesta; cruzando la habitación, pasó entre el círculo de eickaries y salió hacia la lluvia.

Tornado volvió a mirar a Su-mil.

—Hice el mejor pacto que puedo —dijo—. La decisión de aceptarlo o rechazarlo ahora es suya.

Nuevamente, Su-mil pareció estudiarlo, como si hubiese algo que pudiera aprender observando la armadura del soldado de asalto.

—Acepto —declaró, alzando su mano derecha y haciendo un complicado dibujo en el aire—. Yo, Su-mil de la Familia Meen-tris, del Clan Sav-ro, y la Tribu Hu-shi-crive, hago este pacto contigo.

—Y yo, Jorm Whistler Mackenni de la unidad Siete Aurek de la Legión Imperial de Soldados de Asalto Cinco-cero-Cinco del Imperio de La Mano, hago este pacto contigo —contestó Tornado a su turno. Se sintió raro al decir su nombre real con la armadura puesta, pero la situación lo demandaba claramente—. ¿Dónde *está* exactamente esta entrada trasera?

Los reflejos de Su-mil se hicieron rosados en otra sonrisa eickarie.

—Está directamente detrás suyo —contestó—. Desconocida por el Señor de la guerra, esta peculiar fortaleza tiene *tres* atalayas.

—Hace cuatro siglos, el jefe de la tribu Cro-sal-trei que comandaba la fortaleza se encontró siendo atacado por otras dos tribus —explico Su-mil mientras los tres soldados de asalto y veinte eickaries se movían por el oscuro pasadizo—. Cuando estuvo claro que la batalla estaba perdida, él y su familia y sus partidarios intentaron escapar. Por desgracia para ellos, las tribus atacantes conocían la existencia de la tercera atalaya y fueron capaces de atraparlos dentro del pasadizo.

Tornado se estremeció mientras su pie aplastaba algo bajo las suelas. Otro hueso, probablemente. El piso estaba cubierto con esas cosas, junto con pedazos oxidados de metal y restos ocasionales de ropa chillonamente coloreada.

—Pareciera que perdieron aquella batalla, también.

—No hubo ninguna batalla —dijo Su-mil—. Los atacantes simplemente sellaron las dos salidas del pasadizo y los dejaron aquí para morir.

Detrás de Tornado, Centinela murmuró algo.

—¿Habrías preferido que murieran más en un combate innecesario? —preguntó Su-mil, medio girándose para fulminar con la mirada al otro.

—Por favor baje la voz —dijo Tornado, enviando una seña de advertencia con la mano a Centinela. Encerrados dentro de un pasadizo estrecho, sobrepasados en número de siete a uno por un grupo de paramilitares eickaries, y con los mercenarios del Señor de la guerra no muy lejos, no era momento de tener una discusión sobre ética militar—. Podría haber dispositivos de escucha en el otro extremo.

—No escucharían nada —dijo Su-mil, aún furioso—. El pasadizo está fuertemente protegido contra la detección y el ataque. Podemos parecer primitivos para tu Imperio de La Mano, pero no somos salvajes.

—Nunca he creído que lo fueran —le aseguró Tornado. Eso explicaba porqué no habían detectado a los soldados de Su-mil hasta que aparecieron en las escaleras. El edifico atalaya entero probablemente incorporaba el mismo material bloqueador de sensores que el pasadizo mismo—. ¿Por qué el siguiente poseedor no lo abrió y lo volvió a poner en funcionamiento?

—No se sabía si el equipo sobreviviente que había atrapado a los enemigos habría quedado dentro con ellos —dijo Su-mil—. Por consiguiente se creyó prudente dejar el pasadizo sellado por los menos un año. Desafortunadamente, sin embargo, antes de que ese año se terminara, los vencedores fueron derrotados en un ataque sorpresa por otra tribu.

Tornado asintió en señal de comprensión.

—Lo cuales no sabían nada de la tercera atalaya.

—Correcto —dijo Su-mil—. Y no podrían saber mucha cosa porque sus víctimas ya habían alterado los planos del edificio. Este nuevo grupo de ocupantes, inconscientemente, repitió la omisión con sus propios diagramas, y la verdad ha quedado oculta desde entonces.

—¿Cómo es que *sabes* todo esto? —preguntó Sombra.

—La familia que tuvo el honor de la derrota final del primer líder tribal fue la mía —dijo Su-mil, con un tono de orgullo indiscutible en su voz—. Es una historia que ha sido transmitida entre generaciones.

Sin duda, decidió Tornado, con un ojo puesto para mantenerlo como una tarjeta de triunfo ante cualquier futuro enemigo. Poco podrían ellos haber previsto qué clase de enemigo resultaría ser el que se les opusiera.

—Ventila de aire viniendo desde la derecha —murmuró Centinela.

—Debemos estar doblemente silenciosos ahora, Su-mil —advirtió Tornado—. Las ventilas son buenas conductoras de sonidos a lugares donde uno no quiere que éstos lleguen.

—No veo ninguna ventila —dijo Su-mil, estirando su cuello hacia delante.

—Está disimulada —le dijo Centinela—. Pero puedo ver el patrón del remolino en el polvo.

—Ves extraordinariamente bien —dijo Su-mil, alzando una mano sobre su cabeza y trazando una pauta con sus dedos. Abruptamente, los sonidos apagados de los pasos de los eickaries y los más suaves sonidos de las armas rozando contra la ropa cesaron completamente. Los alienígenas se convirtieron en sombras moviéndose en la oscuridad, incluso más silenciosos que los soldados de asalto.

La ventila estaba ahí, por supuesto, su rejilla disimulada tal como Centinela había predicho. Tornado le hizo una rápida comprobación mientras el grupo pasaba en fila india, pero no descubrió ningún rastro de sensores de movimiento que cualquier tirano con dos dedos de frente tendría que haber instalado allí. Aparentemente, el Señor de la guerra realmente *no* tenía conocimiento de ese pasadizo.

Se encontraban a veinte metros por delante de la ventila cuando Su-mil habló otra vez.

—Tu compañero tiene una vista impresionante —murmuró—. Yo no podría haber visto la ventila hasta que estuviéramos al alcance de tres brazos de ella.

—Nuestros cascos tienen incorporados varios tipos de sensores —explicó Tornado—. Centinela es la unidad especialista en tecnología, que entre otras cosas significa que tiene un equipo más avanzado.

—Especialista en tecnología —repitió Su-mil mientras miraba más estrechamente a Centinela—. He escuchado el término, pero siempre asumí que eso simplemente hablaba de alguien útil con las armas y el mantenimiento de vehículos.

—De ningún modo —le aseguró Tornado—. Quedarías asombrado ante algunas de las cosas que pueden hacer.

—Nos estamos acercando —advirtió Centinela.

Tornado advirtió la indirecta y dejó de hablar. Cien metros de silencio después, alcanzaron el final del pasadizo, bloqueado por una puerta de metal de apariencia pesada, corroída por el desgaste del tiempo. Por un par de minutos los demás se mantuvieron a la espera mientras Centinela y Sombra la examinaban, debatiendo entre ellos en cortas

frases técnicas. Terminado su debate, Sombra sacó su pomo de pasta rápida y comenzó a pasarlo con cuidado dentro de la grietas alrededor de la puerta. Tornado tocó el brazo de Su-mil e hizo señas a él y sus soldados para que retrocedieran a una distancia segura.

La pasta funcionaba con su habitualmente gratificante velocidad y eficiencia, derritiendo las láminas de la puerta lo suficiente para que los dos soldados de asalto pudieran investigar el panel libre y quitarlo del medio. Más allá de la puerta había una segunda barrera, la cual estaba compuesta de bloques de piedra unidas con cemento a losas de mortero grisáceo de un importante centímetro de espesor.

—Supongo que tú y tus amigos no tenían un plan para pasar a través de eso, ¿o sí? —le murmuró Tornado a Su-mil mientras Centinela pasaba sus dedos de manera experimental sobre el mortero.

—Desde luego —dijo Su-mil, buscando bajo su chaqueta de sarape y sacando su propio pomo—. Disolvente de mortero catalítico. Inútil contra estructuras modernas, pero debería ser eficaz contra materiales de aquella época.

—Lo averiguaremos en un minuto —dijo Tornado, pasándole el pomo a Centinela. El otro lo abrió y comenzó a trazar una delgada línea a lo largo de las grisáceas uniones, y un suave sonido crepitante hizo su camino hacia el silencio. Un minuto más tarde, los bloques empezaron a deslizarse lentamente hacia abajo mientras el mortero que los separaba se ablandaba y goteaba a los lados de la piedra como la cera derretida de una vela. Dos minutos después de aquello, el proceso había terminado, con la pared reducida a nada más que un simple montón de bloques descolorados.

La presión vertical que prosiguió a la pérdida del mortero había dejado un pequeño hueco justo en el techo del pasadizo. Tornado comprobó sus sensores, confirmando que el aire que fluía sobre ellos no estaba envenenado, y le hizo una seña con la mano a Centinela. El otro asintió en respuesta, sacando inmediatamente el dispositivo espía de fibra óptica del compartimiento de su bolsillo. Conectó un extremo en la clavija de su casco y deslizó el otro a través de la abertura. Por un par de segundos lo movió hacia delante y hacia atrás, examinando lo que sea que hubiera del otro lado.

—Parece como una antigua cámara de tortura —dijo silenciosamente—. Probablemente sin uso: hay montones de polvo.

—Mantenlo en silencio de todos modos —dijo Tornado, asintiendo—. Continua y…

Se interrumpió de golpe a medida que un puñado de soldados eickaries pasaba rozándole, empujando cortés pero firmemente a los soldados de asalto a un lado. Estirándose hacia el hueco, se agarraron a los bloques superiores y comenzaron a pasar al otro lado.

Centinela miró hacia Tornado, su postura en silenciosa protesta. Tornado le hizo un gesto de calma igualmente silencioso; de mala gana, el otro le cedió el paso a los alienígenas.

Los eickaries habían removido la primera hilera de piedras y estaban empezando por la segunda cuando el *ping* de activación del comunicador sonó en los auriculares de Tornado.

—Todas las unidades: *¡atacad!* —ordenó una voz.

—Mejor que se apuren, Su-mil —dijo Tornado mientras una oleada de órdenes y reportes tácticos, y los sonidos lejanos del fuego láser comenzaban a llegar a sus auriculares—. La Compañía Aurek ha comenzado su ataque.

—Trabajan tan rápidamente como pueden —contestó Su-mil, sus manchas anaranjadas poniéndose un poco más oscuras con una apasionada intensidad repentina—. ¿Significa eso que no nos enviarán refuerzos?

—No lo sé —dijo Tornado, tocando el interruptor vocal que apagaba nuevamente su comunicador e indicando a los demás que hicieran lo mismo. No podían permitirse ser distraídos por los sonidos del combate del cual no formaban parte—. Podría contactar al comandante y preguntar, pero eso podría comprometer nuestra posición.

—Pues no lo hagas —dijo Su-mil, el anaranjado volviéndose aún más oscuro—. Si debemos hacer esto solos, que así sea.

Tres minutos después, los eickaries habían quitado suficientes piedras para permitir el paso. Sombra y Centinela fueron primero, arrojándose uno a la vez a través del hueco con sus BlasTechs preparados. Su-mil estaba directamente detrás de ellos, el resto de sus soldados apelotonándose junto con él antes que Tornado pudiera encontrar un hueco en la marea.

Finalmente logró entrar y se abrió paso a codazos entre el círculo de eickaries hacia la puerta. Sombra y Centinela estaban con los cascos pegados al panel, Su-mil de pie a un paso por detrás de ellos.

—Informe —ordenó, esforzándose en mantener su fastidio por los eickaries alejado de su voz. Los tres soldados de asalto eran claramente los mejores equipados del grupo para liderar la marcha hacia un posible peligro, y Su-mil seguramente lo sabía.

De cualquier modo, como Nube había señalado antes, Kariek *era* su mundo. Igual suponía que eso les daba derecho a lanzarse estúpidamente en su defensa.

Centinela quitó su casco de la puerta.

—Hay un montón de actividad por ahí dentro —informó—. Toda a una buena distancia, sin embargo. Por el patrón del eco, adivino que hay un pasillo bastante amplio que se mueve en línea recta desde nuestra posición entre cinco y quince metros, y luego hace intersección con un corredor en cruz.

—El ruido probablemente son los refuerzos dirigiéndose a las atalayas —agregó Sombra—. No puedo ver ninguna otra razón por la que tanta gente esté en este fondo subterráneo, sobre todo con un ataque a escala por arriba.

Tornado se volvió hacia Su-mil.

—¿Sabes dónde están las mazmorras?

—A la derecha —dijo Su-mil, gesticulando con esa mano—. No deberían estar lejos.

Tornado asintió. Si pudieran sortear a los mercenarios y mantener el factor sorpresa, había una posibilidad de que pudieran ayudar a los prisioneros a escapar y dirigirse hacia el bastión interior del Señor de la guerra antes de que los lakra cayeran en cuenta de que había intrusos entre ellos.

—¿Está cerrada esta puerta?

—Lo estaba —dijo Sombra, deslizando el panel abierto un par de centímetros.

Tornado agarró con fuerza su BlasTech.

—Adelante.

Sombra abrió la puerta otro par de centímetros, echó un vistazo fuera, luego tiró de par en par y se plantó en el pasillo con Centinela y Su-mil pegados a su espalda. Esta vez, Tornado se las arregló para ponerse al frente del resto del grupo.

El pasillo era amplio, de techo bajo, y débilmente iluminado, con el corredor en cruz que Centinela había supuesto a unos ocho metros de distancia. El sonido sordo de pies lakran moviéndose llenaba el aire, resonando en las paredes de piedra y haciéndolo difícil de fijar en una dirección o distancia. Aún así, Tornado pensaba, mientras se apresuraban hacia el corredor en cruz, que las entradas a las otras atalayas deberían estar al menos a un par de pasillos de distancia desde su actual posición, y ambas en algún lugar a su izquierda. Si los infiltrados pudieran llegar al corredor en cruz sin ser detectados, entonces se alejarían del foco principal de actividad mientras enfilaban hacia las mazmorras.

Se encontraban cerca del corredor en cruz cuando su suerte se esfumó.

Los seis mercenarios enfundados en armaduras que venían hechos una turba enfurecida por el corredor en cruz, casi aplastaron a Sombra mientras éste comenzaba a asomar su casco por la esquina. Hubo un chillido de sorpresa de uno de ellos mientras daban al traste con un freno desigual que los dejó despachurrados en una fila de un lado al otro de la intersección. Trataron torpemente de agarrar sus desintegradores, intentando alzarlos para apuntar sobre los inesperados intrusos.

Centinela y Sombra ya se encontraban disparando, sus BlasTechs escupiendo una interrumpida sucesión de andanadas láser sobre las placas del torso de los dos lakra a su otro extremo de la intersección. Automáticamente, Tornado concentró su atención en el otro extremo de la galería de tiro, enviando una ráfaga de fuego a través del pecho de aquél mercenario. Detrás de él, Su-mil estaba disparando al lakra al costado del oponente de Tornado, los fuertes sonidos amortiguados de su lanzacartuchos formando una sinfonía con el agudo gemido de los desintegradores imperiales.

Fue cuando sus objetivos lakra comenzaban a tambalearse bajo su acometida que Tornado se dio cuenta que ninguno de los otros eickaries estaba disparando.

Lo que dejaba a dos de los lakra completamente libres de oposición mientras apuntaban sus armas.

La primera descarga impactó a Tornado directamente en su pecho. Pero con sus armas aún en movimiento sólo un reducido número de los haces de energía lograron dar con su armadura, el resto pasándole por debajo… o por arriba. Luego hubo un repentino gorgojeo a su espalda mientras uno de los eickaries al parecer recibía algunos de los feroces disparos…

Entonces Su-mil varió su blanco, abandonando su objetivo primario y retronando un par de fogonazos sobre cada uno de los hasta-ahora-indemnes lakra.

No era suficiente para detenerlos, no tan cubiertos de armaduras como estaban. Pero a diferencia de los BlasTechs, el lanzacartuchos golpeaba bien duro. El impacto dejó a los dos lakra tambaleándose, desviando sus disparos hacia el techo por quizá medio segundo.

Medio segundo fue suficiente. Centinela y Sombra habían acabado con sus oponentes y ahora estaban abriendo fuego sobre los dos que Su-mil acababa de hacer mecer sobre sus talones. Tornado desvió su fuego otra vez hacia su primer y no-del-todo-silenciado enemigo, observando a Su-mil hacer lo mismo con el suyo.

Tres segundos más tarde, todo había terminado.

Sombra y Centinela estaban metidos en el corredor en cruz a horcajadas sobre los humeantes cadáveres lakran mientras comprobaban ambos extremos del pasillo.

—Despejado —anunció Centinela—. Pero no lo será por mucho.

—Comprendido —dijo Tornado, mirando a los eickaries a su espalda.

Estaban simplemente parados ahí, algunos de ellos temblando un poco, otros tocando sus armas de manera insegura, todos ellos mirando fijamente a los enemigos muertos.

Enemigos que ellos no habían levantado un dedo para ayudar a matar.

Tornado dejó que su mirada vagara un segundo más, luego se giró hacia Su-mil.

—¿Tú los llamaste soldados? —preguntó detenidamente.

Los reflejos anaranjados de Su-mil habían pasado a un marrón ceniciento.

—Se paralizaron por la sorpresa —dijo, su voz indescifrable. Explicación o excusa, Tornado no podría decir cual era—. Me disculpo por su fracaso. No volverá a suceder.

—Realmente me gustaría creerlo —le dijo Tornado—. Por desgracia, no creo que pueda arriesgarme a que suceda.

—¿Quieres decir que faltarás a tu promesa? —preguntó Su-mil sin rodeos.

Tornado vaciló. Los eickaries le daban mucha importancia a las promesas hechas entre aquellos que habían intercambiado sus nombres completos. Pero al mismo tiempo, él tenía una misión y órdenes propias que cumplir.

—Igual liberaremos a tus prisioneros —contestó—. Pero sólo *después* de que hayamos capturado al Señor de la guerra.

Su-mil no respondió. Tornado lo miró otro segundo, dándole toda ocasión para discutir su argumento.

—Entonces sería mejor que nos movamos —dijo el eickarie por fin.

—Pasos —espetó Centinela, él y Sombra retrocedían hacia la parcial cobertura de la esquina.

—¿Dirección? —preguntó Tornado, con una sensación preocupante en el hueco de su estómago mientras se adelantaba para unírseles.

—Podría ser cualquiera —le respondió Centinela, girando su cabeza en círculos—. Todos éstos ecos…

—No importa —le cortó Tornado, tomando una repentina decisión. El grueso de los lakra aún estaría congregándose a su izquierda para enfrentarse al ataque de la Compañía Aurek. Por lo tanto, él y su unidad irían a la derecha—. Iremos a la derecha. Quizá podamos movernos furtivamente entre ellos.

Dio un paso cerca de la esquina y metió prisa por el corredor, los otros dos soldados de asalto en formación detrás de él. Diez metros más adelante, otro corredor en cruz cortaba el suyo en un ángulo. Podían oír el sonido sordo que hacían más pasos, algunos de ellos definitivamente venían de muy cerca…

—¡Alto! —ladró de repente la voz de Su-mil detrás de él—. ¡Bajen sus armas!

Tornado se giró, la pura sorpresa haciéndole detenerse. Su-mil y sus soldados habían entrado a raudales en el corredor por detrás de los imperiales y se habían formado en una clásica pared de fusilamiento de doble fila.

—¿Qué diablos estás haciendo? —inquirió.

Y entonces, diez metros por detrás de los eickaries, una docena de lakra apareció repentinamente por una esquina, abalanzándose por el pasillo hacia ellos como un río iracundo. Hubo otro arrebato de sonido a su espalda, y Tornado volvió a girase para ver a otra escuadrilla de mercenarios aparecer por el corredor angular de adelante.

La unidad Siete Aurek de la 501 había sido atrapada.

—Pongan sus armas en el suelo —repitió Su-mil, apuntando su rifle directamente al rostro de Tornado—. Háganlo ahora, o morirán.

No parecía ver muchas más opciones.

—Háganlo —gruñó Tornado a Sombra y Centinela, agachándose y dejando su BlasTech en el suelo.

Deslizando su rifle para aferrarlo con una de sus manos, Su-mil alzó la otra mano sobre las cabezas de sus soldados y gesticuló hacia los lakra que se acercaban.

—¡Compatriotas sirvientes de nuestra Gloriosa Majestad! —gritó—. ¡Los hemos capturado!

La primera oleada de lakra pasó con cuidado sobre los cadáveres de sus camaradas en la intersección y se detuvieron detrás de los eickaries, sus armas apuntando con cautela sobre las espaldas de los nativos. Dejando al resto de su escuadrilla dispuesta, el líder de los mercenarios pasó a grandes zancadas entre el grupo para situarse junto a Su-mil, empujando a un costado a cualquiera que no fuera lo bastante rápido para salir de su camino.

—¿Qué tenemos aquí? —gruñó con una voz que sonaba como rocas cayendo sobre un batido de frutas, el láser pesado en su enorme mano firmemente encarado sobre el pecho de Tornado—. Soldados de asalto imperiales. Una interesante pesca.

Miró de reojo a Su-mil.

—*Sí* en realidad fueron pescados —agregó intencionadamente—. ¿Quién eres, y qué estás haciendo aquí sin haber sido invitado al hogar de Su Gloriosa Majestad?

—Soy Su-mil. —El objetivo de Su-mil cambió ligeramente, como si ya no necesitara mantener vigilados a los imperiales ahora que los lakra habían llegado—. Soy un súbdito

leal de Su Gloriosa Majestad, el cual se encuentra triste por la invasión de mi hogar por los intrusos imperiales.

—Puede que así sea —dijo el líder de escuadrón—. ¿Por qué estás aquí?

—Ah, eso es un relato de extremo coraje eickarie —dijo Su-mil con orgullo—. Los encontramos en la calle, con la clara intención de atacar el hogar de nuestra Gloriosa Majestad. Nos apuntaron con sus armas y nos obligaron a que les metiéramos dentro.

Tornado frunció el entrecejo. Eso no era lo que había pasado. ¿Qué buscaba hacer Su-mil, haciendo parecer a él y sus amigos más heroicos?

—¿Y así lo hiciste? —le incitó a continuar el lakra.

Otra vez, el objetivo de Su-mil cambió levemente de posición.

—Les mostramos dónde se ocultaba el pasadizo y les condujimos por él —dijo.

—¿Cómo? —preguntó el lakra—. Ambas torres están vigiladas.

—Hay una entrada que no lo está.

—Nos llevarás a esa entrada tan pronto como estos enemigos sean asegurados —dijo siniestramente el líder de escuadrilla—. ¿Hay más de ellos en camino?

—No —respondió Su-mil—. Estos tres fueron todos los que introdujimos.

—Aún puede haber otros —dijo el lakra, girándose a medias y dando una orden rápida en su propio lenguaje. Uno de los mercenarios gruñó una respuesta, y un tercio de ellos giró y volvió corriendo por dónde habían venido. Pasando otra vez con cuidado sobre los cadáveres de sus camaradas caídos, regresaron a la esquina donde habían aparecido por primera vez y formaron una posición defensiva—. ¿Y esto? —continuó el líder, señalando hacia los lakra muertos—. ¿Qué les pasó?

—Los imperiales los derribaron —dijo Su-mil, su tono de voz despectivo. Nuevamente, su arma cambió de posición—. Mi gente y yo no fuimos parte de la masacre.

—¿A pesar de esas armas que llevan? —prorrumpió el líder de escuadrilla, su voz repentinamente cargada con suspicacia—. ¿Y cómo las han traído, si los invasores simplemente les detuvieron en la calle?

El arma de Su-mil volvió a cambiar de posición.

—Las armas son nuestras —admitió—. Dijimos a los imperiales que acordaríamos en asistirles. —Una vez más, su objetivo cambió—. Pero nosotros nunca usaríamos tales armas contra nuestra Gloriosa Majestad y nuestros compatriotas sirvientes.

Tornado hizo una mueca. Él era un traidor, muy bien, un traidor a su propia gente como también a los imperiales que sangraban y morían por intentar ayudarles. Y un desvergonzado charlatán por encima de todo, parado ahí mirando con calma a sus víctimas mientras apuntaba su arma hacia el ojo izquierdo de Tornado.

¿Su ojo *izquierdo*?

Tornado se quedó rígido mientras caía repentinamente en cuenta. El movimiento aparentemente arbitrario del arma no era de ningún modo arbitrario. Era, en cambio, que Su-mil alternaba cuidadosamente su objetivo entre el ojo izquierdo y el ojo derecho de Tornado.

Zurdo: mentira. Diestro: verdad.

Rápidamente, volvió a repasar la conversación, esta vez prestando atención hacia dónde el arma había estado apuntando con cada cambio. *Los hemos capturado*: mentira. *Soy Su-mil*: verdad. *Soy un súbdito leal de Su Gloriosa Majestad*: mentira. *Los encontramos en la calle, con la clara intención de atacar el hogar de nuestra Gloriosa Majestad*: verdad. *Nos apuntaron con sus armas y nos obligaron a que les metiéramos dentro*: mentira. *Les mostramos dónde se ocultaba el pasadizo*: verdad. *Mi gente y yo no fuimos parte de la masacre*: mentira. *Dijimos a los imperiales que acordaríamos en asistirles*: verdad.

Nosotros nunca usaríamos tales armas contra nuestra Gloriosa Majestad y nuestros compatriotas sirvientes: mentira.

Y por primera vez desde que la Siete Aurek había tropezado con Su-mil y sus soldados, Tornado sintió una estrecha sonrisa arrugando su rostro. Un camarada inteligente e inventivo, este Su-mil. Y estaba obviamente esperando que Tornado y sus compañeros imperiales fueran igual de inteligentes.

Pues estaba repentinamente claro lo que el eickarie tenía en mente. Había dicho la verdad sobre la entrada desprotegida hacia la fortaleza, pero el líder de escuadrilla lakran había llegado a la conclusión que esa entrada estaba conectada a uno de los dos pasadizos conocidos. El hecho de que haya enviado a algunas de sus tropas hacia atrás para proteger cualquier posible intrusión desde aquella dirección lo probaba.

Lo que significaba que si la Compañía Aurek *había* enviado refuerzos, podrían aparecer en cualquier momento justo en el medio de una brecha de la fuerza enemiga.

Ambas de las cuales estaban mirando hacia la dirección incorrecta.

Alcanzándolo con su lengua, accionó el interruptor del comunicador.

—Nube: informa —murmuró, poniendo su voz lo suficientemente baja para ser inaudible fuera de su casco.

La voz de Nube en su oído fue la cosa más grata que había escuchado en días.

—Estamos en la sala más allá de la pared —la voz de Nube llegó sin demora a sus oídos—. ¿Situación?

—Atrapados a la derecha de la primera intersección —dijo Tornado, sintiendo a Sombra y Centinela removerse ligeramente a medida que prendían sus comunicadores y recibían las noticias de la aproximación de refuerzos—. Brecha enemiga: cuatro-ocho. Amistosos atrapados con nosotros a la derecha.

—Comprendido —dijo Nube—. Vamos en camino.

—Es bueno saber que la Gloriosa Majestad tiene partidarios así de leales —le gruñó el líder de escuadrilla lakran a Su-mil con un asomo de sarcasmo—. Ahora pondrán sus armas sobre el suelo.

—Pero enfrentamos a enemigos muy peligrosos —protestó Su-mil, su arma cambiando hacia el ojo derecho de Tornado—. No podemos saber cuando será necesario disparar.

—Los lakra se encargarán de cualquier enfrentamiento necesario —le aseguró el líder de escuadrilla, apartando su láser de Tornado y presionando el cañón contra el costado del cuello de Su-mil—. Ahora. Bajen sus armas.

—No tendrás problemas a ese respecto de todos modos —comentó Tornado, alzando su mano derecha y señalando con su dedo índice directamente hacia el ojo derecho de Su-mil—. Cuando veas a tus amigos desplomarse frente a ti, sabrás que el momento de morir ha llegado.

—¡Silencio! —escupió el líder de escuadrilla, lanzando una mirada asesina a los soldados de asalto. De los auriculares de Tornado surgieron un par de clicks dobles en señal de asentimiento mientras Sombra y Centinela confirmaban su orden velada—. Dentro de muy poco, ustedes rogarán que el momento de la muerte se les permita.

—Cuenta atrás: tres —murmuró la voz de Nube en los oídos de Tornado.

—Oh, no lo sé —dijo Tornado orgullosamente, levantando la voz para llenar el corredor y ayudar a ocultar cualquier inadvertido sonido de pasos—. De algún modo, no lo creo.

Y a medida que la última palabra flotaba en el aire, un grupo de hombres con armaduras blancas irrumpió en el corredor detrás de los eickaries.

Tornado no aguardó por ver más nada. En el instante en que los refuerzos comenzaron a disparar a ambos extremos de la brecha de fuerza lakran, él y el resto de la Siete Aurek se arrojaron de cabeza al suelo.

Dejando una directa línea de fuego entre los mercenarios tras ellos y la pared de fusilamiento eickarie.

Su-mil había prometido que sus soldados no se paralizarían la próxima vez. Tenía razón. Tornado incluso no había llegado a tomar su arma caída cuando la amalgama de armas eickarie abrió fuego, enviando una lluvia de metralla sobre la escuadrilla lakran. Para cuando había recogido el BlasTech entre sus brazos y rodado para usarlo, el enfrentamiento había terminado.

Se levantó a toda prisa sobre sus pies.

—Informe —solicitó por su comunicador.

—Despejado —respondió la voz de Nube—. Sin bajas.

Lo mismo, por desgracia, no se podía decir por los eickaries. De los veinte soldados que Su-mil había traído con ellos, seis estaban en el suelo, cuatro retorciéndose de dolor silenciosamente, los otros dos muertos. Incluso sobrepasados en números como habían estado, la escuadrilla lakran había dado con una buena cantidad de ellos.

Al menos, él esperaba que todas las bajas hayan sido causadas por los lakra. Sería muy desafortunado si alguno de los rescatadores hubiera desacertado sus objetivos accidentalmente.

—Por aquí, Tornado —llamó Nube. Tornado alzó la vista de las víctimas eickarie para encontrar al resto del escuadrón de soldados de asalto retrocediendo por el corredor hacia la intersección donde yacían los lakra recién abatidos—. La compañía se está

encontrando con una fuerte resistencia en los pasadizos —continuó—. Las nuevas órdenes son de atacar desde este sector e intentar romper sus defensas.

Tornado miró a Su-mil. El eickarie estaba de pie sobre el cadáver del líder de escuadrilla lakran, sus ojos sobre Tornado, sus reflejos anaranjados volviéndose oscuros nuevamente.

—Lo siento, pero no podemos hacerlo —le dijo a Nube—. He hecho un acuerdo con Su-mil para cepillar las mazmorras primero.

Nube se paró en seco, volviéndose para clavar la mirada sobre su líder de unidad.

—Tornado, fue una orden directa —le advirtió.

—Comprendido —dijo Tornado—. Buena suerte. Nos reuniremos contigo en cuanto podamos.

Uno de los otros soldados de asalto se había detenido al lado de Nube.

—Dijiste, sin embargo, que no podrías ayudarnos —le recordó Su-mil a Tornado silenciosamente.

—Eso fue cuando no estaba seguro de que podría confiar en tus soldados —le respondió Tornado—. Ahora han probado que puedo. —Un movimiento llamó su atención: Nube y el otro soldado de asalto habían terminado su conversación, y Nube volvía trotando por el corredor hacia ellos mientras el resto de los soldados de asalto continuaban su marcha en otra dirección—. Espero que no vengas a discutir —sugirió mientras Nube se detenía frente a él.

—Difícilmente —le aseguró Nube—. He decidido que si pueden arreglárselas sin tres de nosotros, probablemente puedan hacerlo sin cuatro.

—¿Y sean mucho más eficientes los consejos de guerra para toda la unidad? —dijo secamente Sombra.

—Algo así —acordó Nube—. Movámonos.

Su-mil les especificó a tres de sus soldados que llevaran a los muertos y heridos hacia la relativa seguridad del pasadizo. Luego, con Su-mil y Tornado a la cabeza, los doce eickaries restantes y los cuatro soldados de asalto partieron hacia las mazmorras.

No encontraron resistencia alguna. Aparentemente, la escuadrilla que había aparecido sobre ellos desde ésta dirección habían sido los últimos lakra en ser convocados en la defensa del pasadizo o la superficie. Alternando su atención entre los distantes reportes de combate, sus sensores del casco, y los corredores mismos, Tornado se preguntó si se atrevía a esperar que incluso los guardias de las mazmorras pudieran haber sido llamados al servicio activo.

No hubo tal suerte. Murmurándole una advertencia a Su-mil, él y Sombra se deslizaron cerca de la última esquina para encontrar a dos armados lakra en posición de firmes a los costados de una enorme puerta de metal, las carabinas láser apoyadas sobre sus hombros.

Un asalto directo a las mazmorras era al parecer la última cosa que nadie en la estructura de mando del Señor de la guerra había esperado. Los dos soldados de asalto lanzaron una sólida ráfaga antes que los guardias tuvieran tiempo de hacer algo más que agarrar como posesos sus armas. A medida que los haces láser destrozaban las armaduras de los mercenarios, Su-mil salió de su escondite y terminó el trabajo con un par de disparos de su lanzacartuchos.

—Debemos apresurarnos —dijo el eickarie mientras los dos lakra caían sordamente al suelo.

—Espera un segundo —dijo Nube mientras Centinela se acercaba a la puerta—. Acordamos en acompañarlos a las mazmorras…

—Han acordado en ayudar en la liberación de los prisioneros —le cortó Su-mil—. Vamos. ¡Ahora!

—¿Tornado? —preguntó Nube, su mente claramente en sus compañeros combatiendo en el pasadizo a un cuarto de distancia de la fortaleza.

—Lo has escuchado —dijo Tornado, conteniendo su propia impaciencia—. Vamos.

La puerta exterior se abrió a un amplio rellano desde el cual subían una docena de escalones que conducían hacia una gran caverna circular, con más puertas cerradas espaciadas alrededor de la circunferencia.

—¿Cuán pronto pueden abrirlas? —preguntó Su-mil, mirando alrededor.

—Lo justo —le aseguró Centinela, dando un paso hacia una mesa a un costado del rellano y tomando una tarjeta de datos con forma de navaja—. Todo lo que le tome a la llave.

—Andando —le dijo Tornado, girando el cañón de su BlasTech hacia la puerta por la que habían entrado—. Nosotros vigilaremos por si hay problemas.

Con la llave en mano, la liberación en verdad fue rápida. Pero mientras los desencarcelados eickaries comenzaban a surgir, parpadeando, en la brillante luminosidad de la caverna, Tornado podía sentir que algo andaba mal. Varios de ellos, comprensiblemente, se encogieron al ver la armadura de Centinela mientras abría sus puertas, observando con la misma fascinada suspicacia a los otros tres soldados de asalto agrupados sobre el rellano. Más incomprensible era el hecho de que parecían evitar no sólo a sus camaradas prisioneros sino también a Su-mil y sus soldados.

Sombra fue el primero en notarlo.

—Todos ellos son de diferentes tribus —murmuró.

—Y fueron capturados antes que el Acuerdo de las Tribus Unidas los juntaran —dijo Tornado, con un gusto ácido en su boca mientras lo comprendía—. Lo que significa que continúan luchando sus muy mezquinas disputas tribales.

Pensó que había estado hablando silenciosamente. Aparentemente, no lo suficiente.

—Nuestras disputas *no* son mezquinas —recalcó Ha-ran, mirando con enojo a los soldados de asalto desde su posición al pie de la escalera.

Tornado frunció el ceño en su dirección. Después de sus escandalosas protestas en la sastrería, el anciano eickarie no había dicho ni una palabra durante el viaje por el

pasadizo. Mientras Tornado pensaba en ello, comprendió que, sin embargo, silencioso o no, Ha-ran había estado siempre al alcance de la mano, aferrado al codo de Su-mil.

Justo se estaba preguntando que podía significar aquello cuando Ha-ran se dispuso a subir los escalones, su manera de andar repentinamente rígida.

—Muévanse —ordenó a los soldados de asalto, instándoles a que retrocedieran—. ¿Su-mil?

Su-mil estuvo instantáneamente a su lado, tomando su brazo y ayudándole a subir los escalones.

—¿Está herido? —preguntó Sombra por lo bajo.

—No lo creo —le contestó Tornado, mirando a Ha-ran de arriba a abajo. Desde luego no había ningún rastro de sangre o marca de quemadura en su ropa.

—Es simplemente viejo —dijo Su-mil, instando a los soldados de asalto a que retrocedieran mientras Ha-ran y él alcanzaban el rellano—. Más viejo de lo que se imaginan. Retrocedan, por favor. El príncipe Ha-ran desea dirigirse a los prisioneros.

Tornado sintió que se le caía la mandíbula.

—¿El *príncipe* Ha-ran?

Ha-ran no le hizo caso, girándose en cambio para encarar a la multitud de eickaries por debajo.

—*Ha-ran mish-ra hee-sae sha-kae drof-si-shae-ral* —aclamó, tendiendo una mano sobre la muchedumbre.

El entrecejo de Tornado se frunció con la concentración. La Compañía Aurek había tenido un curso intensivo de dos días en lenguaje general de comercio eickarie en su viaje hasta aquí, que hasta ahora le había servido bastante bien en sus limitados contactos con los nativos. Lamentablemente, Ha-ran hablaba demasiado rápido para que él lo entendiera.

Al parecer, a los otros no les iba mejor.

—¿Dónde hay un androide de protocolo cuando uno lo necesita? —murmuró Nube mientras Ha-ran continuaba hablando.

—Él dijo: «Soy Ha-ran de la Familia Mish-ra, del Clan Sha-kae, príncipe de la Tribu Si-shae-ral» —dijo Su-mil suavemente al lado de ellos—. «Estoy aquí para hablarles del presente y del futuro».

Nube se inquietó.

—Tornado, no tenemos tiempo para discursos.

—Silencio —ordenó Tornado, observando a Ha-ran con nuevos ojos. Los príncipes eickarie raramente entraban en combate, y nunca sin cincuenta mil soldados a su lado. Esto era definitivamente histórico—. Continúa, Su-mil.

—«El presente es que estamos en nuestra batalla final contra nuestros represores» —continuo Su-mil, traduciendo, a medida que la orgullosa voz de Ha-ran reverberaba desde la sórdida piedra—. «Pero a no ser que abracen el nuevo futuro que las Tribus Unidas de Kariek han forjado, no estaremos mejor de lo que estábamos antes que ellos llegaran».

—No lo entiendo —murmuró Sombra—. ¿Por qué incluso nos debe importar lo que piensen un manojo de intratables prisioneros? ¿No deberían estar lo bastante agradecidos para estar de acuerdo en hacer lo que se les dice?

—No lo comprendes —dijo Su-mil, sus parches anaranjados pasando al amarillo oscuro—. Estos no son simples criminales o incluso típicos oponentes a la tiranía del Señor de la guerra. Muchos de estos eickaries son nobles y ancianos, atrapados como rehenes para asegurar la buena conducta de sus tribus.

—No funcionó muy bien, ¿a que no? —indicó Centinela—. Rehenes o no, casi todo el planeta entero firmó el Acuerdo de la Tribus Unidas.

—El Señor de la guerra aún podría decidir ejecutarlos, o usarlos como escudos vivientes para asegurar su propia fuga —señaló Su-mil—. Esta era la razón que temíamos con su ataque sorpresa, y por qué les insistí que ellos deberían ser liberados antes que el Señor de la guerra fuera expulsado de su sanctus interior.

—Entiendo —dijo Tornado—. No podías dejar que simplemente los asesinaran; pero tampoco podías permitirles partir e intentar seguir con sus vidas como las habían dejado. Si lo hacían, volverían a caer de cabeza en el viejo círculo sin fin de guerrillas tribales.

Su-mil le miró con atención.

—Ese es exactamente el peligro —confirmó—. Eres más perspicaz de lo que me imaginaba.

—Y tú en cambio eres mucho más introvertido de lo que yo *me* imaginaba —retribuyó Tornado—. Déjame adivinar: ¿ninguno de estos prisioneros es de tu propia tribu?

—Eso es correcto —dijo Su-mil—. Los más importantes son de la tribu de Ha-ran y sus aliados, los cuales vinieron con nosotros esta noche porqué él se ofreció de voluntario. De todos los que podrían hablarles de paz, él tiene la mayor posibilidad de convencerles.

—¿Cómo está funcionando? —preguntó Sombra.

Su-mil observó a la muchedumbre.

—No muy bien, me temo —concedió—. Aquellos de la Tribu Si-shae-ral están escuchando atentamente, pero muchos otros parecen impacientes y obstinados. Quizás creen que es un engaño.

—Mientras tanto tenemos un trabajo que hacer —dijo Nube seriamente—. Y no creo que podamos permitirnos perder más tiempo con esto.

Tornado asintió su acuerdo con reluctancia. A partir de los diálogos constantes de órdenes y los informes que resonaban a través de sus auriculares, sonaba como que el resto de la Compañía Aurek estaba en una ardua contienda en los dos pasadizos principales.

—Tiene razón, Su-mil —dijo—. Tendremos que dejarlos para hacer algunas cosas por su cuenta. —Estaba dándose la vuelta para marcharse cuando se le ocurrió una idea—. A no ser que —continuó—, prefieras invitarlos a venir y ver lo que puede hacer gente que no lucha entre ellos mismos.

Los reflejos de Su-mil pasaron a un matiz verde ligeramente más claro que el resto de su rostro, la versión eickarie para el fruncimiento de ceño.

—¿Te refieres a los soldados de tu Imperio de La Mano?

—Por supuesto —dijo Centinela, comprendiéndolo—. Les mostraremos como trabajamos juntos para combatir a los lakra que les subyugaron.

—Y tal vez incluso capturar al Señor de la guerra junto con ellos —agregó Sombra.

Los reflejos de Su-mil saltaron del verde a un rosa en una sonrisa emocionada.

—Sí que podrían encontrarlo instructivo —acordó—. Quizá Ha-ran debería invitar a los miembros de su tribu a asistir, también.

—¿Por qué no? —acordó Tornado casualmente—. Estoy seguro que disfrutarán ver en la historia futura como las tribus Hu-shi-crive y Si-shae-ral derrocaron al Señor de la guerra.

—Lo sugeriré. —Sus reflejos volviéndose anaranjados, Su-mil se giró y comenzó a hablar silenciosamente a Ha-ran.

Tornado señaló a Centinela y Sombra.

—Tiene que haber un arsenal dando vueltas por aquí para los guardias —dijo—. Vayan a buscarlo.

Los otros asintieron su acuerdo y se retiraron.

—Más nos vale que esto no tome mucho tiempo —advirtió Nube, sus manos acariciando nerviosamente su BlasTech.

—Comprendido —dijo Tornado, echando un vistazo a la muchedumbre y tratando de hacerse una idea de su reacción ante la nueva sugerencia de Ha-ran—. Pero si funciona, creo que la espera valdrá la pena.

Funcionó, perfecto, y más rápido de lo que Tornado había esperado. Encarados con la posibilidad de que otras tribus consiguieran más que su parte de la gloria, los recién liberados prisioneros apenas dejaron que Ha-ran terminara sus comentarios, antes de vociferar para ser admitidos a asistir. A sugerencia de Tornado, el príncipe dividió a la nueva fuerza de combate en tres grupos, con cada grupo alineado junto a sus aliados tribales tradicionales como fuera posible. Para cuando los escuadrones estuvieron dispuestos, Centinela y Sombra habían abierto el arsenal de los guardias.

Cinco minutos después, estaban preparados. Dos de los grupos, comandados por Sombra y Nube y reforzados por algunos de los soldados de Su-mil, se dirigieron hacia las salidas de los dos pasadizos donde la Compañía Aurek aún intentaba abrirse camino entre la resistencia lakran. El tercer grupo, con Tornado, Centinela, y el resto de la fuerza de Su-mil, se adentraron en el bastión principal del Señor de la guerra.

—No me confío de la aparente tranquilidad —comentó Su-mil mientras el grupo se deslizaba por los vacíos corredores—. Seguramente deben esperar un ataque de esta dirección.

—Eso depende de si alguien ya se ha figurado de cómo entramos —le dijo Tornado, manteniéndose alerta por problemas—. Recuerda, el primer reporte de las dos

escuadrillas que nos atenazaron habría indicado que el ataque vendría de un pasaje secreto en vez de por uno de los pasadizos conocidos.

—Y ya que el primer reporte también fue el último —agregó Centinela—, tenemos una buena chance de llegar bastante lejos antes de que se den cuenta de lo que sucede.

—Pero seguramente no asumirán que los atacantes en los pasadizos no puedan abrirse paso —objetó Su-mil—. Seguramente estarán preparados para más lucha.

—Oh, lo están —dijo Centinela, levantando repentinamente una mano—. Y yo diría que están preparados para eso justo aquí.

Tornado miró detenidamente en la penumbra a medida que el grupo se detenía. Tres metros más adelante, el corredor por el que se movían se abría a un salón grande de techo alto, cuyas paredes estaban decoradas con coloridas banderas y escudos de armas. Probablemente pertenecientes a la última tribu que controló la fortaleza, aventuró Tornado, antes que el Señor de la guerra llegara y los expulsara. Había varias mesas de madera largas y robustas repartidas por todo el salón, con sillas de madera igualmente robustas a su alrededor. En la pared justo al otro lado del corredor había una gran puerta de acero.

—Ésta es la cámara del banquete de tormenta —la identificó Su-mil, manteniendo su voz baja—. Un lugar para tener un festín confortable y seguro cuando las tormentas de primavera amenazan las torres.

Tornado asintió. Según los planos del edificio que los líderes eickarie habían dibujado para ellos, el bastión interior de la fortaleza era un cuarto circular completamente rodeado por un área circular más grande dividida en cuatro parcelas. A partir de la curva de la pared que podía ver desde donde estaba parado, parecía que esta cámara del banquete de tormenta era una de aquellas cuatro parcelas circulares.

—Ya casi estamos —dijo—. ¿Trampas explosivas?

—Nada serio —dijo Centinela, su casco moviéndose en todas direcciones mientras examinaba el salón—. Apesta a explosivos: granadas bajo algunas de las mesas o sillas.

—¿Emisores de ondas? —preguntó Tornado.

—Nah —contestó Centinela con pesar—. No hay cargadores, tampoco, así que me imagino que no hay remotos. Probablemente provistas con disparadores de proximidad.

—Demasiado malo —dijo Tornado. Con remotos, los imperiales a menudo podían encontrar y desactivar los controles de ondas, haciendo inútiles tales dispositivos. No había mucho que pudieran hacer con disparadores de proximidad salvo encontrarlos e identificarlos—. Creo que están aprendiendo. ¿Qué más?

—Dos nichos para francotiradores, uno a cada lado de la puerta detrás de aquellas largas banderas, con un lakra oculto en cada uno —dijo Centinela—. La puerta en sí misma tiene suficiente electricidad como para matar a un bantha, y el Señor de la guerra probablemente tiene a cincuenta lakra dentro del bastión junto con él. Aparte de eso, parece bastante despejado.

Al lado de Tornado, Su-mil carraspeó.

—¿Nos quedaremos de brazos cruzados? —cuestionó.

—Paciencia —aconsejó Tornado, frunciendo el ceño en dirección a la puerta de metal electrificada al otro lado del salón. Había algo en todo aquello que no le cerraba del todo—. Está intentando localizar las granadas.

Uno de los prisioneros liberados gruñó algo.

—Dice que eso no es posible —tradujo Su-mil.

—Dile que quedaría asombrado sobre lo que es posible para el Imperio de La Mano —dijo Tornado, aún estudiando la puerta.

Su-mil se giró hacia el otro eickarie, murmurando en su lenguaje comercial, y Centinela carraspeó.

—Muy bien —dijo—. Hay granadas debajo de esas sillas —señaló las dos más cercanas a ellos—, en el extremo de aquella mesa —indicó una de las mesas a la derecha— y en aquellas sillas de allí y allá —terminó, señalando hacia las dos sillas frente a los nichos ocultos para francotiradores—. Esas dos últimas probablemente están ahí para volar a quien intente colarse por arriba de los francotiradores desde los costados. Hay unas cuantas más, pero están cerca de los laterales, lejos de nuestros vectores óptimos de ataque.

—Bien —dijo Tornado, revisando cada uno de los puntos explosivos y calculando una secuencia. La combinación del francotirador y la granada bajo la silla era un truco que había visto usar a los lakra anteriormente: si un atacante venía por arriba, el francotirador lo derribaría; si venía por debajo para evitar al francotirador, estaría justo en posición de recibir la descarga completa de metralla de la granada—. Enviaremos a los eickaries de regreso al corredor y volaremos las dos granadas más cercanas. La explosión debería darnos suficiente cobertura para dirigirnos hacia la puerta, evitando la mesa explosiva. Una vez estemos frente a la puerta, usaremos los cordeles para agarrar las dos sillas de los costados, las pondremos delante de los nichos para francotiradores, y detonaremos sus granadas. Eso debería dejar a los francotiradores completamente fuera de juego, o al menos dejarlos lo bastante atontados como para que consigamos abrir la puerta.

—Suena bien —dijo Centinela, pasando su BlasTech a una mano y poniendo a punto su lanza-cordel—. Su-mil, llévatelos atrás.

Su-mil dio una breve orden sobre su hombro, y el resto de los eickaries retrocedió un par de pasos.

—¿Cómo detonaremos las granadas? —preguntó, sin hacer movimiento alguno para unirse al resto de su gente—. No sería más sencillo disparar directamente a esas sillas.

—Sólo observa —dijo Tornado, preguntándose si debería insistirle a Su-mil que retrocediera junto a los demás. Pero el joven eickarie probablemente se rehusaría, y no tenían tiempo para discutir—. ¿Centinela?

—Estoy listo —contestó el otro.

—Adelante.

Con un suave siseo de aire comprimido, el cordel de Centinela se disparó hacia una de las dos sillas explosivas. El arpón en la punta se enganchó al respaldo justo encima del

asiento, y con un rápido movimiento de su muñeca Centinela dio un tirón hacia atrás. La silla se inclinó de costado mirando hacia él y se derrumbó sobre el suelo, poniendo el asiento de madera robusta directamente entre los soldados de asalto y la granada oculta.

A medida que el salón reverberaba con el golpe, Tornado lanzó una granada de conmoción sobre el borde del asiento en el camino del sensor de proximidad de la otra granada.

El doble estallido fue ensordecedor, o al menos lo habría sido sin la protección de sus cascos. El efecto material en el salón fue igualmente espectacular, la fuerza expansiva sacudiendo todo a su paso y enviando nubes de polvo y astillas hacia el aire. El sonido de la explosión apenas se había desvanecido antes que Centinela retirara el arpón y lanzara el cordel hacia la segunda silla dispuesta a corta distancia. Otro tirón, otra silla derribada, y una segunda explosión y nube de restos se unieron a la primera.

Medio latido de corazón después, los dos soldados de asalto estaban en movimiento, cruzando el salón en un ángulo agudo para evitar la mesa explosiva, luego cruzándolo otra vez y deteniéndose directamente en frente de la puerta electrificada. Tornado había sacado su lanza-cordel, haciendo malabares con su BlasTech mientras trataba de manipular ambos chismes al mismo tiempo.

—Tira de la silla —gritó la voz de Su-mil en su oído—. Yo la detonaré.

Tornado parpadeó por la sorpresa. Su-mil había seguido justo detrás de ellos y estaba agachado entre los dos soldados de asalto, su propia arma sostenida con firmeza.

—De acuerdo —gritó en respuesta, bajando su BlasTech y disparando su cordel. El arpón se enganchó, y con ambas manos libres fue coser y cantar tirar de éste y arrastrarlo justo adelante de los nichos ocultos para francotiradores—. ¡Adelante!

Su-mil disparó, y Tornado se estremeció ligeramente mientras el filo de la explosión le golpeaba, amenazando con hacerle trastabillar. Echó un vistazo a su pantalla retrovisora, confirmando que la armadura de su cuerpo había protegido a Su-mil, justo cuando la otra explosión le golpeó de la dirección contraria.

—Despejado —avisó Centinela—. Cúbranme, y me pondré con la puerta.

—Afirmativo —respondió Tornado, recogiendo nuevamente su BlasTech. La explosión de la granada había arrancado la bandera protectora de la pared, revelando una puerta cóncava de metal con una rendija de visualización y un orificio de disparo en ella. Nada parecía removerse; aparentemente la granada había enviado bastante metralla por las aberturas para dejar al francotirador de adentro al menos temporalmente fuera de servicio.

Sin embargo, no habían tenido tanta suerte con el otro francotirador. Tornado se giró para ver un láser pesado asomar la nariz por el orificio de abajo, girándose hacia los intrusos de la puerta.

—¡Sitúate detrás de mí! —le espetó a Su-mil, balanceando su arma y disparando una ráfaga a través del orificio de visualización.

No ocurrió nada. El láser siguió girándose hacia ellos…

Y entonces, de repente, una enloquecida lluvia de disparos llegó desde el corredor. Los eickaries que Su-mil había enviado al corredor para su seguridad estaban en movimiento, apuntando al francotirador lakran a medida que cargaban cruzando el salón.

El francotirador lakran reaccionó ante la nueva amenaza exactamente del modo en que Tornado habría esperado de un soldado entrenado. Abandonando su ataque sobre los soldados de asalto, cambió su objetivo hacia los eickaries que avanzaban, y varios de ellos cayeron entre gritos y chillidos de dolor mientras su láser comenzaba a hacer estragos.

Pero había demasiados, y el lakra tenía muy poco tiempo. Incluso mientras Tornado agregaba la potencia de fuego de su BlasTech a la de ellos, tres de los anteriormente prisioneros se abrieron camino a través de la galería de tiro. Con sus espaldas apretadas contra la pared a cada uno de los costados, introdujeron los cañones de sus armas dentro de los orificios y dispararon media docena de andanadas cada uno. Hubo un último tartamudeo del arma del francotirador, y luego la boca se inclinó abruptamente hacia arriba y cayó dentro.

—*Sha-mees craa shes-ayi* —pronunció Su-mil—. Les he elogiado su valor en tu nombre —agregó dirigiéndose a Tornado—. Confío en que sea digno.

—Absolutamente —le aseguró Tornado mientras otro par de eickaries iban hacia el silencioso nicho para francotiradores, disparando unas cuantas ráfagas dentro del orificio para asegurarse de que quedaría silencioso—. Añade nuestros agradecimientos por su oportuna contribución, y luego diles que se dispensen y monten guardia mientras que tratamos de abrir esta puerta.

Su-mil pronunció otra orden, y los eickaries se dispersaron obedientemente por todo el salón, derribando sillas y mesas para cubrirse y preparándose para el combate. Antiguas rivalidades o no, pensó Tornado irónicamente, no había nada como un enemigo común para unir a la gente.

Volvió su atención otra vez hacia la puerta. Centinela estaba arrodillado frente a esta, su BlasTech en el suelo a su lado, casi terminando de montar los componentes que necesitaría para cortar la corriente de manera segura.

—¿Situación?

—Ya casi —informó Centinela.

Tornado asintió con la cabeza y se volvió hacia Su-mil.

—Otro minuto… —Se interrumpió. Su-mil estaba observando detenidamente la puerta, sus reflejos de un verde muy oscuro—. ¿Qué sucede?

—Esta puerta —contestó Su-mil lentamente—. Hay algo que no está bien con ella.

Tornado sintió un hormigueo en la nuca. Un soldado con un mal presentimiento podría deberse a los nervios o a la exageración. Dos soldados con el mismo mal presentimiento era algo a lo que valía la pena prestar atención.

—¿Puedes identificarlo?

—No —dijo Su-mil, sus reflejos adquiriendo un matiz más oscuro mientras fruncía el ceño con más fuerza.

—Espera un segundo, Centinela —dijo Tornado, sus ojos moviéndose metódicamente a lo largo y ancho de la puerta. Los sensores seguían interpretándola como metal sólido cargado con una corriente de alto voltaje. ¿La cerradura? No; eso parecía estar bien.

Miró por todo el salón donde los eickaries estaban preparándose para la batalla, tremendamente conciente de que se le escapaban preciosos segundos. El Señor de la guerra tendría que ser o un sordo o un estúpido si no se había dado cuenta de que su sanctus había sido violado, y no importaba cuan mal estuviesen sus mercenarios, él de seguro buscaría la forma de enviar a algunos de ellos a la muerte con tal de combatir esta amenaza.

De hecho, sin duda estarían de camino. Tornado echó un vistazo atrás hacia el corredor por el que habían venido, medio esperándose a encontrar un sinnúmero de lakra en armaduras listos para írseles al humo. Pero el corredor aún estaba desierto, hasta donde podía llegar a ver.

Hasta donde podía llegar a ver…

Resopló con exasperación. Tan simple, y tan obvio.

—Olvídala —le dijo a Centinela—. Ésta no es la puerta.

—¿Qué? —inquirió el otro, pareciendo perplejo mientras alzaba la mirada.

—Es un señuelo —dijo Tornado, señalando detrás de él—. ¿Pondrías *tú* la entrada a *tú* bastión justo al final de un largo vestíbulo, donde tus enemigos tendrían cincuenta metros de espacio para correr y echarla abajo?

—O un disparo despejado para una batería de misiles —agregó Su-mil, sus reflejos pasando otra vez al naranja oscuro—. Por supuesto. La verdadera puerta debe estar oculta, y apartada de cualquiera de los pasillos.

Tornado asintió.

—Así que vamos a buscarla.

No tomó mucho tiempo. Ahora que sabía lo que buscaba, rápidamente descubrió las sutiles grietas en el mortero de las piedras a un par de metros a la derecha del nicho para francotiradores.

—Aquí —anunció, haciendo señas a los demás con su BlasTech.

—Debemos apresurarnos —advirtió Su-mil mientras los dos soldados de asalto comenzaban a pasar la pasta rápida alrededor de la puerta—. Puede haber otros caminos a través de los cuales puedan escaparse.

—Ninguno de los tuyos lo conoce, de todos modos —le dijo Tornado, centrando por un momento su atención en los torrentes de información que llegaban por sus auriculares—. Aunque los hubiera, no les servirá de nada. La Compañía Aurek acaba de atravesar ambos pasadizos y se están reagrupando con Nube y Sombra y el resto de tu gente en este preciso instante. Un minuto más y estarán aquí.

—¿Crees que deberíamos esperarles? —preguntó Centinela.

—No —dijo Su-mil firmemente, con sus grandes ojos brillando—. Hemos llegado demasiado lejos. Seamos los primeros en presentarles el premio.

—Por otro lado, aún controlan sus defensas principales desde allí dentro —le recordó Tornado—. Cuanto más rápido le atrapemos, más rápido las desactivaremos.

Treinta segundos después, ya estaban preparados.

—Manténganse a cubierto —les previno Centinela a los eickaries, los cuales se habían agrupado frente a la entrada oculta—. Cuando esto estalle, será fuerte.

—Y diles que nos dejen entrar primeros —agregó Tornado a medida que Su-mil traducía la advertencia de Centinela—. Aún deben contar con mucha potencia de fuego aguardando allí dentro, y nosotros somos los únicos con armadura.

Su-mil dio otra orden.

—No te preocupes —le dijo a Tornado, volviendo al Básico—. Haremos lo que sea necesario.

—Bien —dijo Tornado, retrocediendo un paso—. Centinela: adelante.

El otro apretó el detonador, y la pasta rápida se encendió con su destructivo esplendor habitual. Tornado comprobó sus sensores una última vez, medio esperando que algunos de los lakra de adentro se hubieran escapado por alguna de las otras entradas al bastión y lanzado una incursión de última hora. Pero aparentemente el Señor de la guerra prefería mantener a todos sus guardaespaldas entre él y los atacantes.

La pasta rápida alcanzó su *crescendo* final, y Tornado vislumbró una repentina red de grietas bajo mucha presión en la roca antes que toda la puerta estallara en un rocío de grava ennegrecida. Por reflejo, hizo una mueca de dolor mientras la lluvia de rocas lo bañaba…

Tornado fue casi levantado en el aire a medida que los eickaries le pasaban en oleadas. Gritando en señal de desafío, cargaron a través de la apertura.

—¡Esperen! —gritó Tornado—. ¡Su-mil…!

Pero Su-mil ya se había unido al malón general traspasando la puerta.

—¡Nuestro mundo! —exclamó por sobre su hombro—. ¡Nuestras reglas!

Con esa última palabra se había ido, desaparecido dentro del bastión y el fuego de armas pesadas que ahora se escuchaban desde el interior. Gruñendo una maldición, Tornado recuperó el equilibrio e intentó abrirse paso a la fuerza a través de la retaguardia de la formación de eickaries, escuchando impotentemente los sonidos de los disparos y los gritos de las víctimas.

Entonces, tan abruptamente como había comenzado, el tiroteo cesó. Abriéndose paso a empujones por el último grupo de eickaries, Tornado finalmente consiguió llegar dentro.

El bastión era el escenario de una carnicería. Había cuerpos de eickarie por todas partes, algunos todavía retorciéndose, otros yaciendo inmóviles con el peso de la muerte. Otra docena aún se mantenía en pie, varios de ellos tomándose dolorosamente sus torsos y miembros. Tumbados en el suelo más allá de ellos había una docena de cuerpos de lakra, los últimos guardaespaldas del Señor de la guerra. Ninguno de aquellos cuerpos se retorcía.

Y más allá de éstos últimos, todavía luciendo su sofisticada armadura de cuerpo entero, estaba el Señor de la guerra en persona.

Estaba tumbado sobre su espalda en el suelo, su oscura placa facial retorcida, sus brazos extendidos a los costados. Parado sobre él, con sus pies fijando las muñecas del Señor de la guerra al suelo, su lanzacartuchos preparado para la acción, estaba Su-mil.

Pero su arma no apuntaba al Señor de la guerra, preparado para recibir el golpe de gracia que el honor eickarie demandaba. En vez de eso, apuntaba al semicírculo de eickaries que tenía delante.

Sus ojos se giraron hacia Tornado cuando el soldado de asalto traspasó el anillo de eickaries.

—Tuve que decirles —dijo, su voz jadeaba; y sólo entonces Tornado observó la porción ennegrecida de su ropa sobre su costado izquierdo— que hicimos un pacto. Tú liberaste a nuestra gente; yo he dejado al Señor de la guerra con vida.

—Gracias —dijo Tornado, tocando el interruptor del comunicador vocal mientras se ponía a un lado de Su-mil y se encaraba hacia los demás eickaries. Por encima del panel de estado principal, notó periféricamente, que podía escuchar el sonido apagado de rotura de circuitos pesados mientras Centinela comenzaba a desconectar las defensas de la fortaleza—. Comando; aquí Siete Aurek —dijo—. Hemos penetrado el bastión, y apagado los remotos.

—Comprendido, Siete Aurek —devolvió una voz crujiente—. ¿Qué hay del Señor de la guerra?

Tornado sintió a Su-mil desplomarse contra su cadera.

—Lo tenemos —le dijo al comandante—. Gracias a los eickaries.

Su-mil estaba tomándose un descanso en la máquina de resistencia del cuarto de rehabilitación cuando Tornado finalmente lo ubicó.

—Aquí estás —dijo, pasando por detrás del eickarie—. Tal vez no te hayas enterado, pero los doctores dicen que estás bastante bien como para marcharte.

—Estoy enterado, gracias —contestó Su-mil—. Pero he decidido quedarme aquí hasta que mi herida sane del todo. —Sus reflejos pasaron al azul pálido de la curiosidad mientras miraba a Tornado de arriba a bajo—. ¿Incluso en un hospital llevas la armadura?

—Reglas —dijo Tornado—. Tus nuevos líderes no están muy contentos con que no se les haya entregado al Señor de la guerra para someterlo a juicio y ejecutarlo. Algunas personas parecen inclinadas a desahogar su frustración sobre cualquiera que se les cruce en el camino.

—No eres el único que ha quedado tan afectado —dijo Su-mil compungidamente—. Mi papel en los acontecimientos también ha sido tildado de no grato. —Señaló a su alrededor—. Razón por la cual estoy aquí en vez de regresar a mi hogar.

—Tu papel fue el de ayudar a terminar la guerra y liberar la opresión de tu planeta — le recordó Tornado.

—Ese aspecto parece no importarle a muchos —dijo Su-mil—. Todo lo que pueden ver es que hice un pacto subrepticio que le costó al pueblo eickarie su derecho a la venganza.

—Si me preguntas a mí, toda esta cosa del derecho a la venganza es lo que ha mantenido a tus tribus envueltas en guerras todos estos siglos —recalcó Tornado—. En todo caso, sea el bien mayor comprendido o no por tu pueblo ahora mismo, la historia vindicará tus acciones. *Y* tú pacto.

—Quizás —dijo Su-mil—. Pero la historia está muy lejos. Hasta que ésta llegue, tendré que soportar las miradas y susurros y los descoloridos anaranjados de mi gente.

—Oh, ese futuro podría llegar más pronto de lo que imaginas —dijo Tornado pensativamente—. Tu recientemente formado Consejo InterTribu ha sido invitado a una reunión esta tarde donde comprenderán exactamente por qué queríamos al Señor de la guerra con vida.

—¿Y la razón de eso es…?

—Por qué, al igual que ustedes, no tenemos ni idea de qué o quién era —dijo Tornado—. Por la forma en se movía envestido en aquella armadura, no podíamos determinar si se trataba de otro lakra, un eickarie rebelde, o alguien perteneciente a una especie que aún no habíamos conocido. Y si se trata de esto último, debemos averiguar de cual es, de dónde vino, y si es un caso aislado o si toda su especie es propensa a conquistar otros planetas.

—¿Y…? —le incitó a continuar Su-mil.

—Apartado Número Tres —dijo Tornado seriamente—: especie completamente nueva, sin precedentes en nuestros archivos. Ha sido bastante complicado, pero hemos logrado sonsacarle la localización de su sistema solar, y estamos reagrupando una fuerza de tareas para dirigirnos hasta allí y hacer contacto.

—Confío en que serán cuidadosos.

—No te preocupes —le aseguró Tornado—. Incluso los más presumidos tienden a sosegarse cuando se encuentran a un par de Destructores Estelares pasando sobre sus cabezas. Si son una amenaza, lo averiguaremos y nos haremos cargo de ellos de la manera más apropiada.

—Nunca he visto un Destructor Estelar —comentó Su-mil—. Espero algún día tener ese privilegio.

—En realidad, creo que eso puede arreglarse —dijo Tornado, su tono absolutamente casual—. Tengo instrucciones para preguntarte si estarías interesado en solicitar un nombramiento en la Imperial Cinco-cero-Cinco.

Los reflejos de Su-mil se hicieron de un rojo oscuro por la sorpresa.

—¿Yo?

—¿Por qué no? —contestó Tornado—. Eres inteligente, perspicaz, experto en combate, y capaz de pensar con los pies sobre la tierra. Por encima de todo, estás

dispuesto a confiar en tus líderes o camaradas y a obedecer órdenes incluso si no entiendes totalmente los motivos tras ellas. Junta todo eso y tendrás un paquete bien raro, algo que la Cinco-cero-Cinco siempre anda buscando.

—¿Y aceptan no humanos en sus filas?

—Como dije, es una rara combinación —dijo Tornado—. Mientras tu planeta sea miembro del Imperio de La Mano, reúnes los requisitos.

—Asumes que Kariek se les unirá.

Tornado echó un vistazo a su alrededor, asegurándose que nadie pudiera escucharle.

—En realidad, esas negociaciones ya han comenzado —le dijo a Su-mil, bajando su voz—. Tengo el presentimiento de que tus líderes querrán tener una presencia imperial permanente en el sistema tan pronto como sea posible, por si acaso la raza del Señor de la guerra resulta ser tan poco amistosa como él lo era.

Su-mil se giró para mirar fijamente fuera del ventanal.

—No me malinterpretes —le previno Tornado—. Una oferta como esa no te autoriza automáticamente a hacer un nombramiento. Uno tiene que esforzarse, y esforzarse mucho, antes de ganarse el derecho a portar la armadura blanca.

—Si tengo éxito, no tengo duda de que seré apreciado por algunos como un desertor a mi pueblo —indicó Su-mil silenciosamente—. Si fallo, esas apreciaciones seguirán estando.

—Es probable —acordó Tornado—. Incluso si tus líderes deciden unirse al Imperio de La Mano, puede pasar mucho tiempo antes que el resto de la gente lo acepte.

—Y aún entonces me ofreces otro pacto subrepticio —dijo Su-mil, sus reflejos tornándose rosas con una sonrisa torcida.

Tornado se encogió de hombros.

—A veces esos pactos terminan funcionando —dijo—. Piénsalo, y avísame cuando estés listo.

—Estoy listo ahora —dijo Su-mil, poniéndose de pie—. Como sin duda ya habías previsto.

Tornado sonrió detrás de su placa facial.

—Casualmente…, tengo un transporte esperando.

FIN